



A
P
U
N
T
E
S

S
O
B
R
E

Z
U
E
R
A

Q
G
M



APUNTES SOBRE ZUERA

QUINTÍN GARCÍA MUÑOZ

Prólogo de Francisco Javier Aguirre

© Ediciones IM-PULSA, 2017, para la presente edición

© Quintín García Muñoz, 2017

© Francisco Javier Aguirre, 2017, para el Prólogo

Ilustraciones:

Quintín García Muñoz
orbisalbum@gmail.com

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN:
Huella Digital, S.L.

ISBN: 978-84-1536-47-4

Dep. Legal: Z 1722/2017

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni íntegramente, ni parcialmente, sin el correspondiente permiso por escrito del editor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

RENACIMIENTO

Solemos dividir la vida humana en etapas. De la infancia pasamos, a través de la adolescencia y la juventud, a la madurez. En la primera de ellas, la infancia, se sitúa la toma de conciencia, y en un mayor nivel de profundidad, la llegada de la ‘razón’, de la capacidad de razonar. Hace unos decenios se consideraba que el fenómeno ocurría hacia los siete años, lo cual facultaba a niños y niñas para determinadas actividades importantes, entre ellas una muy significativa: la ceremonia de la Primera Comunión.

Con el paso del tiempo y la ampliación de los horizontes mentales que han provocado la sociedad y la tecnología, se han retrasado algunas fechas, en concreto esta a la que nos referimos, la de la aparición del juicio crítico y la entrada del ‘uso de la razón’. Ahora los niños captan más cantidad de datos que antes, pero les aplican un análisis correcto más tarde.

Otra de las modificaciones desde el punto de vista cronológico es el acceso a la madurez. Se entiende por tal la llegada a un punto convergente en el que la fuerza y la experiencia unifican su destino para procurar al individuo un presente y un futuro más plenos. Hace algunos decenios, la madurez podía establecerse en torno a los 50 años, pero igualmente los tiempos han cambiado y esa fecha se ha retrasado, debido también al aumento de la edad promedio en nuestra época. No es el factor más importante, porque existen otros como el periodo de formación, que se ha prolongado, el acceso al mundo laboral estable, el compromiso fundacional de una familia, etc.

De modo que hoy la madurez podemos situarla en términos generales hacia los 60 años. Sería la cima virtual de la vida humana, a partir de la cual se inicia un lento pero inexorable declive en capacidades físicas, aunque no en conocimientos teóricos y prácticos. El individuo calcula sus expectativas vitales y sabe que, salvo excepciones, le queda menos tiempo por vivir que el ya vivido. Esto induce a veces a la nostalgia y en el peor de los casos a la melancolía, pero desde una perspectiva positiva, invita al individuo a una reconsideración de su existencia, a una recuperación de la memoria personal y colectiva y, como es el caso cuando hay interés y capacidad para ello, a una exposición literaria de las etapas anteriores.

Quintín García Muñoz, el autor de estos *Apuntes sobre Zuera*, comenzó retrocediendo en el tiempo para contarnos algunas anécdotas de su vida adolescente, que se desarrolló básicamente en el Seminario de Zaragoza. Su libro *En el Seminario*, ilustrado por él mismo, refleja los pensamientos, las vivencias, las expectativas, las ilusiones y algunas adversidades de la época. Allí podemos encontrar un minucioso recorrido por la vida cotidiana de los chavales que acudían al centro, tanto por motivaciones religiosas como por un deseo familiar de dar a sus hijos estudios de mayor nivel del que podían encontrar en sus pueblos.

Satisfecho del resultado, que describe un ameno panorama de aquellos años, tanto dentro como fuera de los muros eclesiásticos, el autor ha decidido dar un paso atrás en su biografía personal y ahora nos deleita con sus recuerdos de la etapa anterior, de la que precedió a su partida de Zuera hacia las aulas que conducían al sacerdocio. Si antes nos ofreció su adolescencia, ahora tenemos a la vista su infancia desde un punto de vista descriptivo, porque esa es su intención, sin entrar en elucubraciones o disquisiciones mentales que serían bastante impropias de una edad temprana, en la que los individuos atendemos a la novedad sin analizar en exceso lo que captan los sentidos. De este modo queda elaborada una especie de geografía urbana de la villa y de la vida que los pequeños compartían en aquellos años, superado ya el ecuador del siglo XX.

Como quiera que existe una teoría de la estructura biogenética y psicológica humana, elaborada por Sándor Ferenczi, discípulo y yerno de Freud, denominada *Regresión Thalassal* o *Thalásica* (el retorno al medio acuoso, que filogenéticamente es el mar y ontogenéticamente el vientre materno ocupado por el líquido amniótico), cabe la posibilidad de que nuestro autor, haciendo un supremo esfuerzo de memoria, nos pueda contar en un próximo volumen las sensaciones que captó en el momento, e incluso antes, de su nacimiento, lo cual sería una magnífica aportación para quienes estudian este fenómeno esotérico al que llaman precisamente *Rebirthing* o *Renacimiento*.

Francisco Javier Aguirre

Primer recuerdo de Zuera

La primera imagen que recuerdo de Zuera es de una casa blanca con escalones. Yo tenía dos años y medio. Mi padre había conseguido un puesto de trabajo en los talleres de Colonización que estaban en El Temple.

Tal y como ocurría en los años cincuenta en toda España, mis padres tuvieron que dejar el campo y llegaron de un pueblecito de Toledo con nada en los bolsillos. Lo justo para dormir su primera noche en Zaragoza en una pensión llena de chinches. Algo también habitual en aquella época.

Zuera ya era entonces un pueblo importante. Tenía cinco mil habitantes, iglesia, escuelas, dos cines...

Así pues, a los dos meses de comenzar a trabajar en el taller, mis padres buscaron un piso de alquiler. Y curiosamente, la imagen más antigua que poseo del pueblo es la de una casa blanca con dos escalones.

La villa de Zuera estaba dividida por la acequia, que atravesaba toda la avenida de Candevanía actual. Al otro lado de la acequia había un camino, cuyas casas eran pajares. Este camino-calle hacía una curva que ascendía hasta la panificadora y la capilla de San Miguel, y llevaba hacia el barrio nuevo que también estaba comunicado por un extremo de la calle Alta, la calle de San Miguel, que también tenía salida al camino de la Yesera.

Atravesar la acequia con todo el peligro que conllevaba era sencillamente obligatorio para llegar desde la calle Alta a la plaza de toros, una simple era que los niños utilizábamos durante todo el año para jugar al fútbol. Había una diferencia muy grande entre las calles del lado este de la acequia, adoquinadas, y las que estaban al lado oeste, de tierra y piedras.

Aunque los niños de entonces íbamos por todos los lugares, pasar más allá de la tienda de los Pirineos entrañaba un cierto temor para los padres. Siempre habían existido casos de niños y niñas que se habían caído a la acequia. Sin ir más lejos, la que sería luego mi madre política, salvó a una niña que se hundía bajo la rápida corriente.

Sin duda alguna, uno de los lugares más concurridos al otro lado de la acequia era la panificadora, especialmente en las fiestas de San Licer, cuando todas las mujeres hacían enormes cestos de extraordinarias magdalenas y estupendos encanelados, así como la capilla de San Miguel, donde, si no me equivoco, se hacía todos los domingos misa, y desde donde partía la procesión del Domingo de Ramos.



En el nuevo hogar

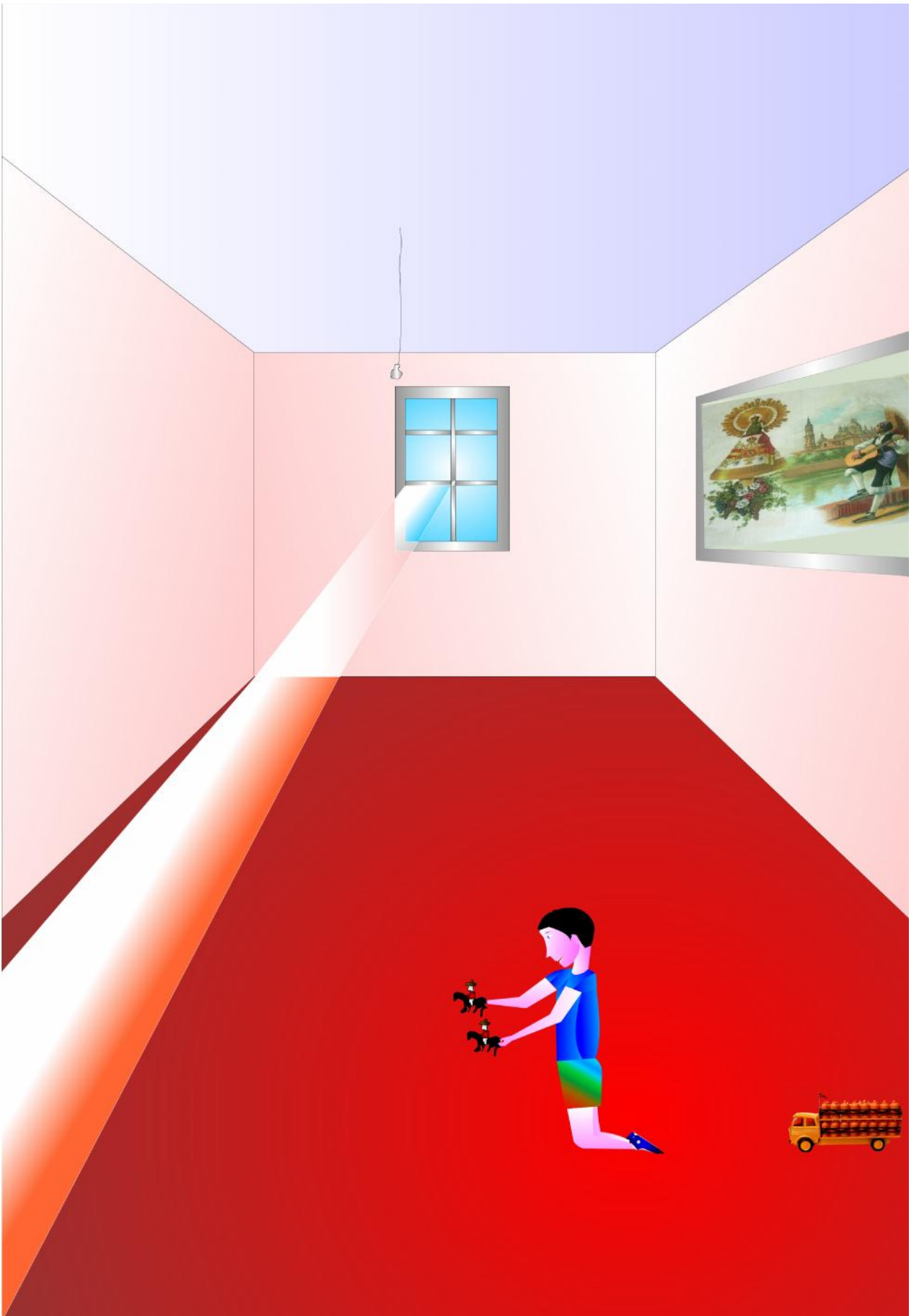
Fue a principios de 1958 cuando comencé a vivir en Zuera. Se podría decir que también nací, pues no conservo imágenes anteriores a esa edad. Por lo tanto, en lo que respecta a mi propia consciencia, así fue. Lo siguiente que surge más nítidamente de las profundidades del pasado es la habitación donde jugaba. Parece lógico, pues nada había tan importante para mí como los juguetes que tenía. Un pequeño tranvía, un camión con unas botellitas de butano y varios caballos con sus vaqueros-pistoleros.

Vivíamos en un segundo piso, y el cuarto de baño, llamado entonces retrete, estaba en la planta de la calle. Se me hace extraño, incluso duro, decir que antiguamente era costumbre utilizar los orinales, palabra que casi es repulsiva en el año 2017.

La vida evoluciona y lo que hace sesenta años era normal, ahora es visto como una ordinariez y una costumbre de mal gusto. En la casa vivíamos cuatro familias, los propietarios y otras tres de alquiler. En la parte de arriba, enfrente de nuestra puerta, vivía la señora Anita, esposa del relojero del pueblo, con dos hijos.

Creo que las puertas, en muchas ocasiones, estaban abiertas. Imagino que se cerraban por la noche. De niño, la escalera era todo un misterio y sentarse en un escalón a jugar con los caballitos, los vaqueros, los indios, y algún camioncito, moto o ciclista era sencillamente algo mágico. Lo mismo ocurría en el salón, que todavía lo tenían vacío mis padres porque no les había llegado para comprar muebles. Teníamos las camas, algún armario y poco más. Entonces los españoles éramos pobres de solemnidad. Probablemente no tendría ni que tener juguetes, pero supongo que mis padres se quedarían algún día sin apenas comer para regalarme algo que me hiciese feliz.

Las ventanas del salón vacío, así como la alcoba de mis padres, daban al hospital, una casa muy grande, aunque no tengo ningún recuerdo de que hubiese alguien enfermo. En ocasiones, mi vecino y amigo J. M. me decía que había unas cajas de muerto; si iba a su casa, subía disparado las escaleras y no me atrevía a mirar las oscuridades que provenían de un largo pasillo. La casa también tenía el cometido de recoger a algún accidentado, tal y como ocurrió con cinco americanos que fallecieron al chocar su coche contra uno de los árboles de la carretera. Mi madre quedó impactada durante muchos meses después de contemplar a través de la ventana cómo los introducían en el hospital. Uno de ellos todavía llevaba una chaqueta en un brazo.



La calle de San Pedro

Desde mi punto de vista, subjetivo, creo que en aquel tiempo la calle de San Pedro era la calle más importante, junto con la calle Mayor. Está claro que cada niño de Zuera pensaría lo mismo de su propia calle, pero si se considera el tema con cierta objetividad, se podría decir que así era.

En aquellos años, la calle del Cuartel, la calle Baja, la calle de San Pedro, la calle Mayor, la calle Navas y la calle Alta eran las más importantes y en las que siempre me movía.

La calle Mayor era donde se asentaban los comercios importantes, además del cine Viejo. La calle de San Pedro también tenía su cine Nuevo, varios comercios más pequeños y la iglesia, que en aquellos años tenía una considerable afluencia de fieles. La calle Baja era importante para los niños y jóvenes porque en ella estaba el FOCAR.

La bajadica Larqué y la calle de San Miguel eran las que unían a todas las demás desde el campo de fútbol y la carretera. También eran las más peligrosas, pues por ellas pasaba casi todo el mundo de regreso del campo. Respecto a la Plaza de España, era el núcleo que unía la calle Mayor y la Calle de San Pedro.

En la plaza estaba Correos, la Farmacia, la Biblioteca Municipal, que atendía tan pacientemente el Sr. Cantín, la Hermandad de labradores y ganaderos, el Casino, el Bar España y el Ayuntamiento. Encima de Correos estaba el reloj y la sirena que tocaba puntualmente a las 13 y a las 20 horas.

Los niños de aquella época vivíamos en la calle, nos relacionábamos intensamente y existía una gran interacción entre todos nosotros, desde las casas junto a la carretera, donde el médico más antiguo, don José, tenía su consulta, o donde estaba la estación de autobuses La Oscense, pasando por la *plaza de toros*, la Panificadora, el barrio de San Miguel, hasta llegar a las casas de las cuevas y las que se extendían hasta la Loma Rajada y el camino que llevaba al Puente de los Moros. En cada barrio teníamos amigos y colegas de juegos y travesuras.

Tal vez la calle que menos afluencia comercial tenía, creo que ninguna, era la calle Alta, donde estaba la vicera, palabra con la que se denominaba el lugar en el que se recogían los diversos rebaños y que no he encontrado en el diccionario. La tienda que llamábamos de los Pirineos estaba a unos metros de la misma calle Alta, en el callizo que conducía a Candevanía.

Los niños éramos muy libres, incluso hacíamos carreras en triciclo por las calles, algo impensable actualmente.



El colegio de las Monjas

Es curioso cómo funciona la memoria. A lo largo de varios años apenas si recordamos dos o tres acontecimientos. Y respecto al tiempo que pasé en el colegio de la calle Navas, sólo recuerdo dos cosas. Vagamente veo los columpios, pero no los que supongo que fueron los originales, sino los que ocho o diez años más tarde reconstruyeron sobre el patio de cemento que daba entrada a la nueva y bella capilla donde iba a ayudar al sacerdote como monaguillo. Y aun así todo permanece en la bruma.

La hermana Pascuala me enseñó a leer. No tiene rostro, es simplemente una sensación de calidez o quizás es que la recuerdo porque se me quedó grabado el nombre y mi madre me lo recordó. Pero sí recuerdo las fichas que nos ponían delante. Una para cada letra. Y si tuviese que decir alguna, imagino que sería para la B, un burrito, aunque me desorienta creer que en una lámina había un tren y ponía Piiiiii.

Parece ser que estuve tres años y medio. Y el bagaje memorístico es escaso.

La segunda imagen relacionada con las monjas, imagino que debió pertenecer al último año.

Llovía a cántaros, el callizo de San Juan que iba de la calle Mayor a la calle Navas estaba prácticamente inundado de agua, y yo caminaba feliz con mis botas katiuskas, que probablemente mi madre habría comprado a plazos en el comercio del señor Manolo en la calle Mayor.

A pesar de que a mis padres casi no les llegaba para terminar el mes, probablemente prefirieron sacrificarse y llevarme a las Monjas, aunque tuviesen que pagar una módica mensualidad.

Después de estar con la hermana Pascuala, continué con la hermana Esperanza, a quien todavía vi varios años más en la iglesia. Era un poco más dura.

Los párvulos de Zuera tenían dos opciones, ir a las Monjas o ir a las Escuelas, y a la edad de siete años los niños de las Monjas pasábamos a las Escuelas, lo que creo que explica que ingresase en el colegio Odón de Buen en Enero.



Los niños en la calle

Actualmente, en el año 2017, y para un padre de la ciudad es inconcebible dejar a sus hijos jugando en la calle, pero en 1959 era lo más normal, aunque existía el hombre del saco que se podía llevar a los niños, lo que era una manera de inculcar un poco de miedo y respeto hacia lo desconocido.

La bajadica Larqué era terreno casi prohibido, pues llevaba al campo de fútbol y al río. La calle Alta era otro límite que se establecía como una frontera que no se debía rebasar, pero con cinco o seis años, prácticamente se andaba por todo el pueblo. Cuando sonaba la sirena de las ocho de la tarde había que estar en casa. Tales normas comenzaron a infringirse a partir de los siete años, cuando ya me creía todo un hombre que haría la primera comunión. En la calle de San Pedro nos reuníamos un nutrido grupo de niños que compartíamos muchos momentos de juego. Se me hace muy difícil recordar desde qué edad se iniciaba un niño en la calle, pero si las primeras veces que hicimos J. M. y yo competiciones de triciclos, dando la vuelta a la manzana de la iglesia, está claro que entre tres años y cuatro debía ser el instante en el que se consideraba seguro que un niño saliese de casa y participase en los juegos.

Las hermanas Cuartero tenían una tienda en los porches de la plaza, y allí me tocó un maravilloso premio: una *máquina de hacer cine*, que consistía en una caja verde, una bombilla que iluminaba un rollito de papel translúcido con dibujos de colores de Disney y salía proyectado por un agujero, que se supone tendría una lupa y aumentaba la imagen en la pared. Varios amigos nos citábamos en el portal de mi casa para ver el maravilloso artilugio.

Era también costumbre jugar al escarramate, que consistía en dibujar unos cuadrados en el suelo, numerarlos del 1 al 9, lanzar una piedra al número 1, etc., y recorrer a la pata coja los cuadrados simples, y en los que tenían dos números se permitía poner los dos pies hasta el número en el que estaba la piedra, y cuando se conseguía hacer todo el recorrido sin caerse, se terminaba. Las tardes de verano, si no llovía o después de una buena tormenta, salíamos y con el ambiente impregnado de humedad y calor que se desprendía de los adoquines de la calle, jugábamos a perseguirnos. Tanto tiempo en las calles se explica porque entonces no existía la televisión y los niños se necesitaban unos a otros para divertirse. En ocasiones, los que vivíamos cerca de la iglesia nos reuníamos con los que vivían en la plaza de España, y los juegos se prolongaban en tiempo e intensidad.



Uno de los lugares preferidos era la plaza de la iglesia, que consistía en una fuente central, con bancos alrededor y bellos y cuidados jardines que tenían un inconveniente: los setos estaban rodeados de alambre de espinos.

En una ocasión me clavé un espino en la pierna. No dije nada en casa y a la semana comenzó a hincharse y a aumentarme la fiebre. Cuando la hinchazón era evidente dije lo que me había ocurrido, y después de las correspondientes cataplasmas e inyecciones se me curó. La cicatriz permaneció en la pierna más de treinta años.

En la misma calle de San Pedro había otro comercio, el del señor. José, donde luego hicieron la casa del veterinario. Me tocó de regalo un balón que no se sabía de qué material estaba fabricado, entre goma y plástico, pero que realmente era irrompible.

En la calle del jardín hacíamos partidos de fútbol. Al principio, aunque yo era de los más pequeños, me dejaban jugar porque el balón era mío...

Sucedió un día que el balón llegó a la calle Baja. Justo en ese momento pasaba un carro tirado por una mula. La rueda izquierda, recubierta de metal, pilló el balón que se quedó durante unos segundos dividido en dos, el carro se levantó unos centímetros y luego salió la pelota disparada sin romperse, eso sí, parecía un balón de rugby. Con los días recuperó un poco la forma esférica, pero pasados unos meses se deshinchó del todo y ya no pudimos jugar con él. Tener un balón era relativamente difícil, y allí donde había uno, enseguida nos juntábamos un montón de niños.

A veces interrumpíamos el partido cuando el alguacil cantaba el bando.

De orden del señor alcalde se hace saber que...

Tocaba al principio y al final una trompeta en forma de cuerno.

En el verano llegaba el empleado de regar las calles, conectaba la manguera a la boca de riego y lanzaba un enorme chorro de agua de casi cincuenta metros. Y entonces le cantábamos: *La manga riega aquí no llega, si llegaría me mojaría...*

Esporádicamente nos miraba y nos lanzaba un manguerazo.

Había también un reto que todos deberíamos afrontar en algún momento: subirse a la fuente.

A los seis o siete años no era nada fácil, pues desde el círculo periférico al central apenas daban las piernas para llegar, y al principio se tenía que tirar uno en plancha, sujetarse con las manos en el centro, quedarse casi plano sobre el agua y luego poner una pierna, para por fin encaramarse y llegar a beber en la cima. Ni qué decir tiene que de vez en cuando hacíamos rana, con la consiguiente risa de los demás. Conseguirlo por primera vez era toda una proeza.

El campo de fútbol, el río y las batallas

Seguro que antes de los siete años, los niños ya habíamos hecho algún escarceo hacia las zonas prohibidas, pero a partir de esa edad, los lugares de actuación se ampliaban a todo el pueblo. Los padres nos decían: *cuida dónde te metes*, nos advertían de los peligros del río, de la acequia y de la carretera, pero muy pronto olvidábamos las recomendaciones. Como los amigos de las escuelas no éramos de la misma edad, los más jóvenes seguíamos las andanzas de los mayores, y unos por otros, al final, se actuaba como no se debía, y de vez en cuando sucedía alguna desgracia. Los partidos de fútbol se hacían entre los de una calle contra los de otra. Era normal ir a la calle del Cuartel, como la denominábamos comúnmente, y pasar toda la tarde jugando. Algunas veces subíamos a la placica de toros y se hacía un partido. Incluso en una ocasión subimos hasta el Portajo (aunque su nombre correcto era Portazgo). Recuerdo que los sábados por la tarde nos retábamos unos a otros, mejor dicho, se retaban, porque lo que hacíamos los más pequeños era asistir a los partidos e intentar tocar la pelota alguna vez, que siempre llevaban los más mayores. Los partidos se extendían a la calle Mayor, cerca de la calle de San Miguel, o en las propias Escuelas después de salir de clase.

En alguna ocasión el balón se colgaba en los depósitos de agua que estaban al lado del colegio Odón de Buen, y recuerdo que más de una vez subí con el peligro añadido de no saber nadar y la posibilidad de caerme al agua. Lo importante era rescatar el balón.

Por las tardes, especialmente en el verano, se organizaban partidos en el campo de fútbol. Realmente no tocábamos la pelota, íbamos todos detrás de ella y sólo los más mayores y los mejores la controlaban, pero era muy divertido porque siempre había algún momento gracioso. A alguien se le salía la zapatilla disparada, algunos ponían la zancadilla, y en ocasiones más de uno se enzarzaban medio en broma después de una patada fortuita. Pero en general, era bonito ver a treinta o cuarenta jóvenes correr detrás del balón.

Se solía jugar en medio campo, el otro medio era utilizado por otros para ir en bicicleta, o simplemente estar. Lo realmente peligroso comenzaba más allá del campo de fútbol. El camino continuaba, a través de juncos, brazales, piedras y el mismo río. Unos cincuenta metros antes de llegar a la corriente principal, había una balseta de agua. Estaba rodeada de plantas y muy especialmente de juncos, que entonces eran algo más común que las mismas piedras. Actualmente es una planta muy extraña. Allí se iban a bañar los más valientes del pueblo. Algunos se bañaban desnudos, y otros más pudorosos en calzoncillo. Claro que luego había que volver a casa y representaba un problema, pues si regresabas mojado te podían descubrir.



En cierta ocasión los demás decidieron cruzar el río. No sé nadar, dije. No importa, si apenas cubre, me respondieron. Nos dirigimos al cauce principal. Ciertamente había un ochenta y cinco por ciento del mismo que apenas llegaba a la rodilla, pero el agua bajaba con enorme ímpetu. Seguí sus pasos, tenía que ser tan valiente como ellos. Apenas faltaban cuatro metros para llegar a la otra orilla, en la que había una enorme corriente y cubría bastante. Los demás se lanzaron y con dos o tres brazadas alcanzaron el otro lado. Yo me tiré, nadie me obligaba, pero como los demás lo hicieron, yo también, y justo nada más dar el primer paso me hundí en la corriente. No tocaba fondo y en mi intento por salir de debajo del agua donde permanecí unos segundos, sentí con el pie derecho las piedras que habían aparecido providencialmente gracias a la curva que tomaba el cauce, y después de dos pasos totalmente sumergido, conseguir salir.

Mientras lo cuento, todavía me recorre un escalofrío. Había estado a un paso de ahogarme en el río Gállego. Los ríos son muy peligrosos, mucho más de lo que la gente piensa. No importa si se sabe nadar bien en una piscina, incluso en el mar tranquilo. Los ríos pueden tener huecos imprevistos y su fondo estar llenos de ramas que pueden ser trampas de las que un buen nadador no se puede zafar. Hay que tener también en cuenta los posibles remolinos, las latas o botellas que alguien haya podido tirar. Incluso la impresión que provoca el agua en una caída inesperada.

Mientras sucedían tan extraordinarios momentos de peligro, los padres estaban pensando que jugábamos al fútbol, y nosotros, inconscientes, arriesgando la vida. Todos los años, durante el verano había varios ahogados de gente que venía de Zaragoza, e incluso alguno del pueblo.

Respecto a las batallas campales, asistí a pocas. Algunas se llevaban a cabo en las Balsas, donde terminaba el pueblo. Junto a las paredes de los corrales había un sendero, en algunos tramos un tanto peligroso, pues había un acantilado de cuarenta metros. Creo recordar que en la parte baja no había otro camino, y lo único que había eran zarzales y alguna acequia. La batalla consistía en que algunos tiraban piedras hacia abajo donde estaba alguna banda de otro barrio. También se extendían las batallas por las zonas del río, incluso una, en la que sí participé, que fue en los depósitos viejos, cerca del lavadero municipal. También nos fabricábamos arcos con ramas de sauce y flechas de junco, quitándoles la punta. Según escuché, en una batalla a alguien le habían hecho un buen agujero en la piel.

Recordando tales costumbres se podría asegurar que la época entre los siete y los diez años era la más peligrosa, porque habíamos dejado de ser niños y aún no éramos unos hombres con cierta prudencia. A partir de los once o doce años, creo que ya se cambiaba y venía la época de las chicas. También apareció la televisión, y se produjo un enorme cambio en las costumbres.

987654321
+ 765432109

1753086430

Me gusta
escribir
con pluma

Las Escuelas

El ocho de enero de mil novecientos sesenta y dos, según consta en el libro de escolaridad, comencé los estudios en el colegio Odón de Buen, construido gracias al brillante oceanógrafo que nació en Zuera en 1863.

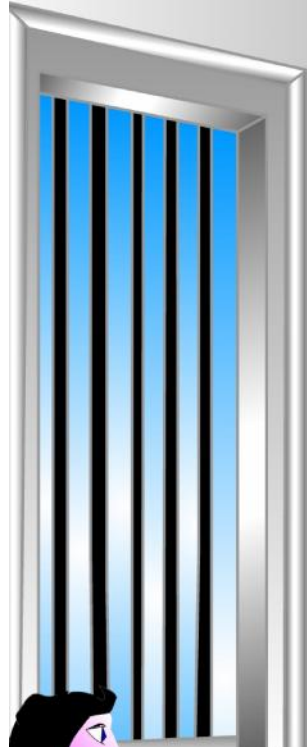
Comenzar en las Escuelas era un gran acontecimiento. Lo que probablemente me debió impresionar más fue que formábamos en el pasillo central, cantábamos y luego íbamos en fila cada uno a su clase.

La mía era la de primero. Se llegaba hasta cuarto, y al finalizarlo, los alumnos y alumnas salían con catorce años para ir al campo, coser en sus casas, y más tarde para trabajar en las fábricas del polígono del Campillo.

Así pues, aunque se llamaba la clase de primero, en ella se permanecía hasta que teníamos nueve años. La compartíamos niños de distinta edad. Debió de ser una de las causas por las que durante el primer curso apenas pasé de cuatro en la puntuación de las distintas materias, y para el segundo año, comencé a sacar sobresalientes. Durante aquel primer año en las Escuelas, enfermé de fiebres tifoideas y tuve que permanecer en casa más de un mes. Hablándolo hoy con mi esposa, que también las tuvo, ambos soñábamos con muchas serpientes, lo que debía ser consecuencia de la enfermedad. Don José, el médico, nos dijo que al final de las fiebres, cuando ya se tenía superada la enfermedad, el intestino se cubría de muchas costras. Dicho de otra forma, las fiebres debían afectar al sistema digestivo y era lo que provocaba en la mente del enfermo la aparición de serpientes. El cerebro recibía sensaciones de todo el intestino e interpretaba el dolor como serpientes.

En aquellos tiempos, los maestros se preocupaban de que leyésemos y escribiésemos bien, siendo muy importantes los dictados. Escribíamos con lapicero y también con plumilla. En los pupitres había un tintero y las plumillas más curiosas eran las de pico-pato. Era bonito escribir con tinta, salvo cuando cargábamos excesivamente la plumilla y hacíamos algún borrón. En ocasiones, don Mariano Corral regalaba alguna estampa a aquellos que respondían a la primera una pregunta difícil. A menudo nos poníamos de pie ordenados desde el que mejor contestaba las preguntas hasta aquel que siempre fallaba. Uno de los alicientes era la posibilidad de pasar a los diez primeros. Durante el verano había clases de repaso. Y un apunte más sobre las Escuelas: nos llevábamos un vaso de casa y nos distribuían la famosa leche en polvo americana, que tan graciosamente mencionaba La Bullonera.

AGOZANO



No quites
la mano



CINCO
MACARIOS



Juegos

La Taba

Actualmente se puede estudiar cualquier juego en internet, así que solamente señalaré algunos apuntes sobre lo que vivíamos con estos juegos. Hay que recordar que en los años sesenta casi todos los niños llevábamos pantalones cortos. El juego consistía en tirar la taba al suelo y quien tenía el rey ordenaba al verdugo que le diese azotes con un pañuelo de tela anudado a aquel que sacaba tripa; sacar hoyo no tenía castigo. Había diversos castigos, latigazos o macarios. Al principio se empezaba bien, pero poco a poco algunos de los contendientes comenzaban a encenderse y no se cortaban a la hora de vengarse de algún castigo anterior. Lo normal era penalizar con uno o dos macarios en la palma de la mano, pero en ocasiones se pasaba a quince o veinte según seguía la partida, y lo que ya era muy extremo, un pernil. O sea que el macario con el nudo del pañuelo se daba en la parte interna de la pierna. Al final, el juego se terminaba con varios de los jugadores amenazándose para la siguiente partida. Actualmente diríamos que era un juego excesivamente salvaje, pero en aquellos tiempos estaba visto como algo normal.

Churro, media manga y manga entera

Otro juego que terminaba también con discusiones, si bien aquí la venganza era más difuminada por el grupo. Los participantes normalmente se limitaban a saltar sin demasiada animadversión sobre el que estaba debajo, pero conforme pasaban los turnos, siempre existía el que brincaba con muy mala idea sobre la espalda de los que la pagaban, y a la siguiente ronda, la venganza estaba servida, lo que llevaba a nuevas discusiones.

A la una andaba la mula

También era corriente que en ocasiones varios niños pasaran agradables momentos saltando sobre unos sobre otros. El primero de la fila se agachaba, y los demás saltaban sobre él apoyando las manos en la espalda y después se ponían a continuación para que los demás saltasen. En el primer salto, todos decían cuando pasaban por encima: “a la una andaba la mula.” Para la segunda vez, se decía: “a las dos daba la coz”, y aquí ya venían los problemas porque a la vez que se saltaba, con el tacón se daba una patada en el trasero, lo que generaba crispación si alguien se pasaba. En ocasiones alguno se levantaba más de lo habitual para que el que saltase corriese el riesgo de caerse al hacerlo, o incluso se levantaban en medio del salto. La partida se terminaba en reyerta.

Huesos de alberje

En verano, algunas veces íbamos a mangar avugos y alberjes, y en otoño mengranas. Comíamos unos pocos y después, el hueso del alberje servía para jugar. Cada uno de los jugadores, no había número límite, tiraba desde cierta distancia el hueso a la pared y aquel que se aproximaba más se llevaba toda la parva, necesitándose en ocasiones guardar tantos huesos de alberje en una lata, lo que era un verdadero tesoro como las carpetas y las canicas.

Las carpetas

He buscado en internet el juego de las carpetas, pero no lo he visto como tal, y casi me he alegrado, pues de esta forma puedo aportar algo que no se encuentra en la red a la primera. Pasábamos muchas horas jugando a las carpetas y lo cierto es que era muy divertido. Para fabricar una carpeta se utilizaba un naipe, daba igual si era de rabino o baraja española, todos valían. Se partía el naipe en dos mitades de forma longitudinal. Luego cada mitad se doblaba en tres partes, y al final una mitad se ensamblaba con la otra mitad. En la parte delantera aparecía el anverso de la carta y en la parte posterior se mostraba el reverso, normalmente de color azul o negro.

Para comenzar a jugar se ponían dos carpetas en el suelo, y la dificultad consistía en lanzar una carpeta con fuerza contra las dos que estaban juntas en el suelo. La parte de atrás de la que estaba encima había que volverla y luego, a la que estaba debajo también había que darle la vuelta. En ocasiones se lanzaban veinte o treinta carpetas hasta que alguien conseguía el objetivo.

Había algunos trucos y un contrincante podía poner su carpeta encima para que el siguiente que lo intentaba no pudiese dar la vuelta. No había límites en los participantes, aunque lo más normal era jugar uno contra uno. Lo bonito era llevar en la mano un buen mazo de carpetas e ir intentándolo. El juego terminaba cuando uno de los dos se rendía porque apenas le quedaban carpetas para jugar; en algunas ocasiones se podía pedir prestada una o varias carpetas a la parva y devolverla si se ganaba. Era un juego muy competitivo, pero muy limpio, salvo alguna excepción. Lo normal era acabar con la pierna un poco dolorida por el golpe que a veces daba la mano en el interior del muslo cuando se lanzaba la carpeta.

También se podrían mencionar, Marro, cambiar tebeos, cromos y cajas de cerillas vacías, donde aparecían los futbolistas de cada equipo de primera y segunda división.

AGOZANO



Las canicas

Probablemente los juegos de las carpetas y de las canicas se llevaban la palma entre los juegos infantiles. Las canicas se vendían en algunos comercios, muy especialmente en la plaza de España, en el puesto de la señora Carmen. Cada domingo estaba la mesita con juegos de plástico, pistolas de agua, trompetitas o chuflynas, caballos, caballeros, coches y toda clase de dulces. Las canicas eran de barro, de cristal y de piedra. Las de barro valían una perra gorda, y las de cristal y piedra dos reales o una peseta. Con una peseta, que era la propina del domingo, se podían comprar diez barritas de regaliz, o diez caramelos, o cinco barritas y un gorrito de merengue. No recuerdo cuánto costaban las pistolas de agua que eran uno de los juguetes preferidos en verano. Con las pistolas de agua recorríamos todas las calles para mojarnos y en ocasiones se utilizaban para mojar a las niñas en los bailes de la plaza; también las utilizábamos por la noche tomando la fresca. El juego de las canicas era muy estimulante y favorecía la habilidad con las manos, especialmente con la que se utilizaba para lanzarla. Había que tener buena puntería y calcular la distancia y la fuerza. El jugador que ganaba la partida se quedaba la canica y se la echaba a la pocha, que podía estar rebosante de más canicas o simplemente llevar una o dos. Lo normal era llevar más, porque lo más terrible era ver cómo jugaban los demás y tú te quedabas mirando. En el juego podían intervenir varios jugadores. Se iniciaba la partida tirando la canica desde una distancia de varios metros al gua o agujero, y meterla. El siguiente paso era acertar a la canica contrincante tres veces: chiva, pie, tute y por último hacer gua. Es decir que el jugador debía hacer los cinco pasos antes que el contrario los completase y ganarle la partida. En algunas ocasiones un jugador podía haber dado el tute al contrario, pero mientras no metía la canica en el gua y se quedaba muy cerca del mismo, el contrincante podía arriesgarse y hacer un gua desde muy lejos. Lo más difícil ya estaba hecho y seguidamente hacía chiva, pie, tute y gua, y ganaba la partida cuando aparentemente tenía todo perdido.

Seguidamente se introducía la canica en el agujero y se ganaba la canica del adversario y el trofeo iba al bolsillo. Cuando se regresaba a casa se contaban las canicas que se habían ganado, y se era feliz. Si por ejemplo, un jugador llevaba una canica de barro, debía ganar cinco veces para arrebatarse al contrincante la canica de piedra. La de cristal equivalía a diez victorias de una de barro, aunque normalmente tal victoria era imposible, porque una canica de piedra era más fácil de dirigir y tenía mucha más fuerza.



Tomar la fresca

Para los niños, tomar la fresca era un momento mágico. Se podía salir a la calle y volver a jugar a carreras y persecuciones hasta que los padres nos decían que estábamos sudando y que descansásemos, o simplemente, después de cansarnos de correr, nos sentábamos a escuchar lo que se decía.

Cada uno se bajaba la silla y se hacía más o menos un corro, en nuestro caso, en esta parte de la calle de San Pedro, en el hospital.

La verdad es que no recuerdo concretamente nada de lo que hablaban y hablaban y hablaban, que sería de fulanito o menganito...

En una ocasión alguien dijo que iba a contar un chiste. Y como excepción no nos mandaron a los más pequeños que nos fuésemos a jugar porque era para mayores.

Tampoco creo que lo entendiese, hasta después de pasados varios años, cuando alguien lo volvió a contar, pero probablemente porque no lo entendí, debió ser que se me grabó mejor. El humor de aquellos años era un humor muy simple, de tal manera que hoy en día parece bastante soso, pero durante la fresca, reinaba una especial alegría.

Eran dos recién casados...

El marido era muy, muy delgado, muy delgado...

Y nosotros con los ojos como platos.

Y llega la noche de bodas...

Los más pequeños atentos a ver qué se revelaba.

Apagan las luces, se meten en la cama y la recién casada grita: José ven que se ha caído el santo Cristo a la cama.

Me reí como todos, pero no entendí nada. Supuse que los demás chavales sí lo habían hecho, y que eran más inteligentes y más espabilados que yo porque se rieron a carcajada limpia. Antiguamente se tenía la costumbre de poner un crucifijo en el dormitorio, y la figura era esquelética, por eso la mujer recién casada al tocar a su marido tan delgado...



Héroes

Cuando se era niño casi todos los que se acercaban a los catorce años infundían un cierto respeto, y más si de vez en cuando su nombre estaba entre los más traviesos e implicados en distintos incidentes.

Como padre, nadie desearía que sus hijos fuesen cierta clase de héroes, como aquellos que arriesgaban el tipo delante de la vaquilla, recortando los pitones afilados, o portando un roscadero. Reconozco que estando en la plaza de toros, en la galera de alguien conocido, sufría por los mozos que salían a la plaza; su valor les otorgaba cierto halo de admiración y heroicidad. Los pequeños no entendíamos si lo hacían verdaderamente conscientes del peligro. Sólo apreciábamos su atrevimiento y osadía. La segunda clase de héroes se encontraban subidos a la pilastra del puente. Los más valientes se lanzaban al agua que pasaba poderosa entre los tres primeros arcos del puente sobre el río Gállego. Había incluso alguno que, caminando por la carretera, se subía a lo más alto del pretil y se lanzaba. Lo vi en una ocasión. Creo recordar quién era, aunque su apellido no pertenecía a los famosos del pueblo. También eran admirados y temidos por los niños los que llevaban los cabezudos. Según quién había debajo, había que tener mucho cuidado. El payaso pesaba menos y era el que más corría.

Para mí, los mayores héroes eran los futbolistas del Zuera. En la historia del equipo hay jugadores legendarios que no he tenido la suerte de verlos en el campo de fútbol, pero realmente admiraba a todos.

Algunos pasarían a jugar al Aragón, otros anteriores a ellos jugaron en tercera división, cuando esta división era realmente la siguiente a segunda.

Recién acabada mi etapa de juvenil, tuve el honor de ser parte de la historia del club durante unos meses, pero era demasiado joven, y la regional era una categoría donde la gente era muy recia y en ocasiones excesivamente dura. El lema de algunos defensas era: “o pasa el balón o pasa el hombre, los dos no”.

El simple hecho de saltar al terreno de juego cuando los espectadores se apiñaban apoyados en las barandillas, y pisar el campo de tierra recién preparado y marcado me ponía nervioso. Las piernas parecían pesar el doble que en los entrenamientos. Así pues, todavía eran más de admirar todos los jugadores que han defendido, defienden y defenderán el escudo del pueblo.

Sí que me gustaría hacer un homenaje a una jugada que se me quedó grabada. Era un jugador con un enorme pundonor y que sin duda alguna llevaba con gran dignidad el brazalete de capitán. A. cogió el balón en la defensa y se regateó a todo el que se puso en su camino; ya estaba delante del portero, sólo tenía que chutar, pero las fuerzas no le aguantaron y cuando fue a meter gol se derrumbó. Los espectadores aplaudieron.

Pascual Oliván Lamola



Pascual Banzo Benesenes



En las fiestas de San Licer venían al campo de fútbol atletas de renombre. Mariano Haro fue uno de ellos. Todavía me parece sentir las pisadas de los corredores cuando pasaban por nuestro lado.

Hubo en aquella época dos corredores del pueblo que lo hacían con enorme ilusión aunque no les acompañasen los resultados, J. y B. También se organizaron varios combates de boxeo; imagino que sería debido a que un joven del pueblo, Pascual Oliván, era boxeador, de quien insertamos parte de su palmarés e historial: Varios premios a la combatividad como el Premio Combatividad 1966 Palma de Mallorca, campeón Trofeo Danone 1966, Trofeo Boby Ros 1966, campeón Guante de Oro 1967, Trofeo Joson 1967, campeón Trofeo Joyería Tanín año 1967, subcampeón Cataluña 1967, campeón Cataluña 1967. Además fue presidente del CD Zuera (1983), presidente de la Peña Taurina Arte y Trapío (1999-2005). Por último, promotor de Boxeo, Zuera Ring, Box-Zuera.

Por incomprensible que parezca en el 2017, el boxeo era un deporte de masas, en cuanto a espectadores. Fue una época dorada, y España llegó a tener campeones de Europa y del mundo, y en la televisión se seguían con enorme interés los combates con el título en juego. Me vienen a la memoria: Legrá, Velazquez, Carrasco, Urtain y el famoso aragonés Perico.

Respecto al atleta más grande que ha tenido Zuera, algunas tardes se le veía en el campo de fútbol lanzando el disco. En los años sesenta y setenta el deporte no era lo que actualmente es. No se comprendía el interés de alguien del pueblo por el atletismo. Eran tiempos difíciles. Más de uno ironizaba sobre los pioneros del deporte. El historial de Pascual Banzo es extraordinario: Fue campeón de Aragón de tiro de barra con 17 metros en 1979, y como atleta, lanzador de disco, fue seis años campeón de España absoluto y durante ocho años ostentó el récord de España con 54,80 metros. Mantiene todavía imbatido el récord de Aragón de lanzamiento de disco con 52,12 metros. Por si fuese poco, como jotero consiguió varios premios: En 1974 obtuvo el segundo premio en el certamen oficial de jota y el primer premio El Cachirulo. Y en 1975 consiguió el primer premio en el certamen oficial de jota. Actualmente todavía enseña canto y lleva algunos grupos.

La academia de la plaza de España

En 1965 la formación escolar obligatoria se terminaba en cuarto curso con catorce años cumplidos. La mayoría de los niños ya podían comenzar a trabajar, bien en el campo o en el polígono del Campillo que estaba iniciando su desarrollo. Había unas pocas niñas que podían pasar gracias a becas estatales a la universidad femenina y especializarse en sanidad u otras ramas. Imagino que también habría algún destino para los muchachos que terminaban y que podrían asistir a formación profesional.

La mayoría de mis amigos terminaron trabajando en el polígono industrial, cuya implantación pienso que fue muy positiva, pues si no hubiese sido así, tendrían que haberse marchado a Zaragoza.

También, cuando se cumplían diez años, se abría la posibilidad de estudiar Bachiller. Se dejaba de estudiar en el colegio Odón de Buen y se pasaba a estudiar en la academia de la plaza de España.

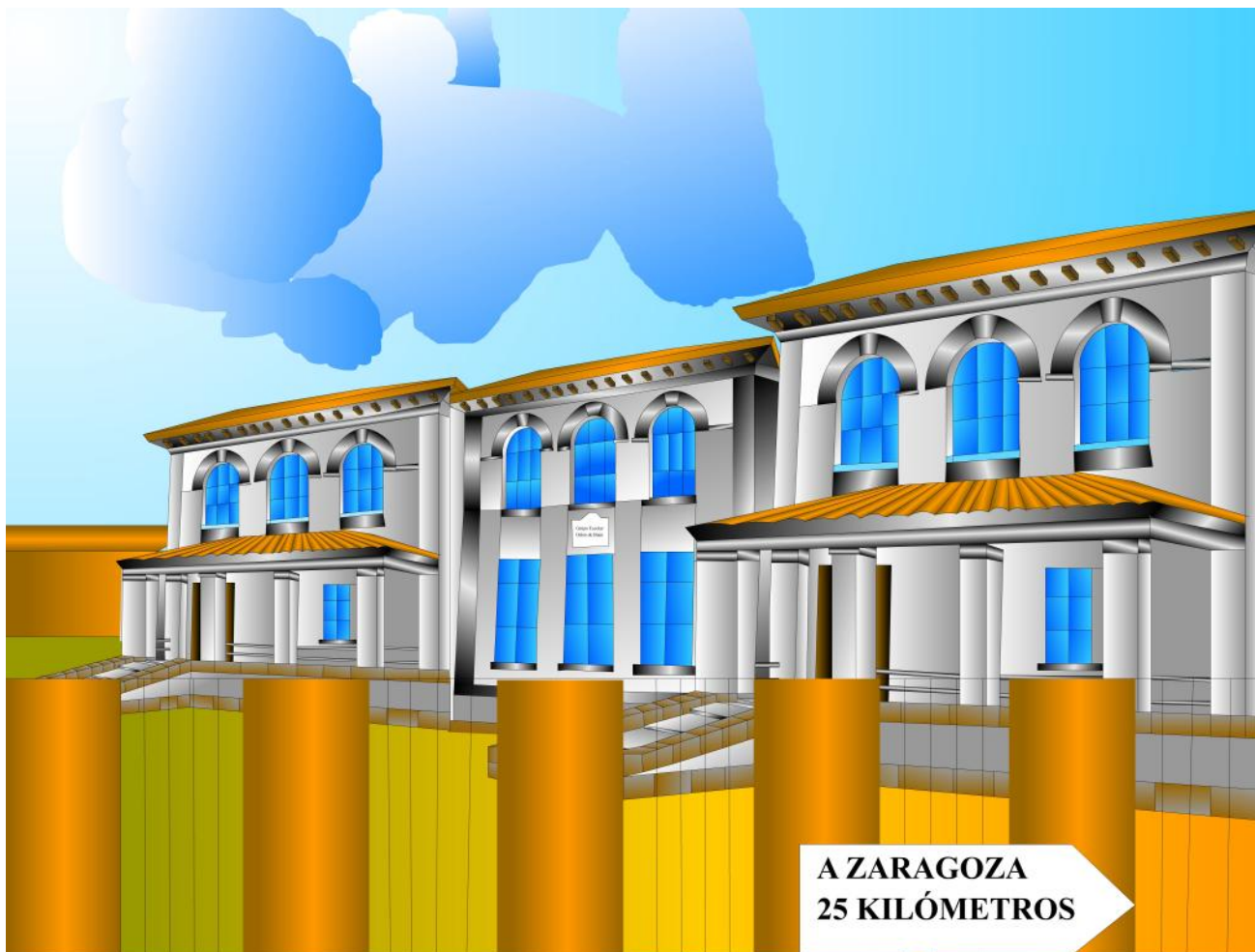
El primer año servía para preparar el Ingreso que una vez aprobado daba paso al primer curso de Bachiller.

Así pues, en el curso 1965-1966, don Mariano Corral indicó a mis padres que tenía aptitudes para estudiar, y entré en la academia de don Antonio y don Alejandro junto con cinco compañeros más.

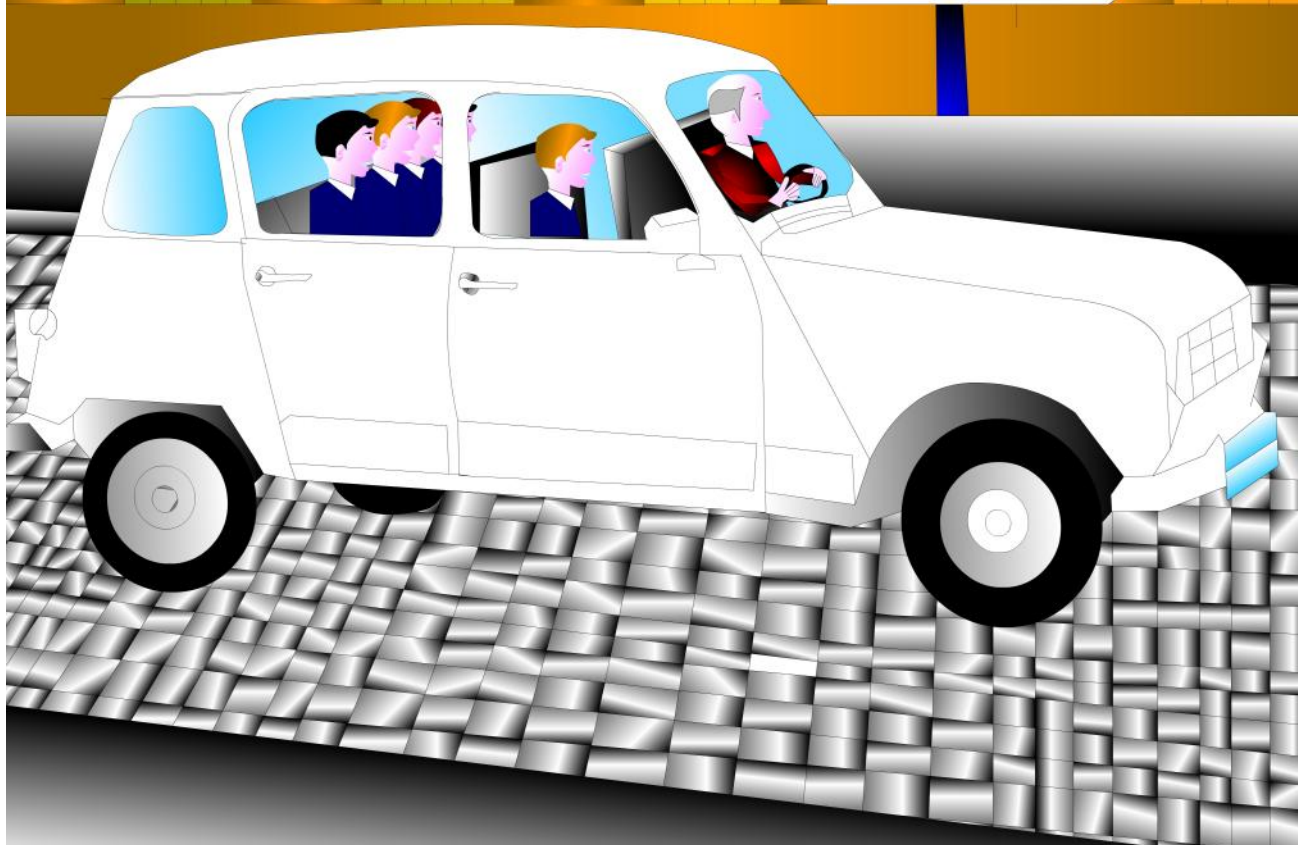
Si no fue el primer día, fue el segundo cuando regresé a casa con un pequeño moratón. No recuerdo la causa, pero conociendo mis deseos de ser gracioso, debí de hacer algo que no le hizo gracia a don Antonio; me cogió por la parte interior del brazo y me dio una especie de pellizco. Estoy seguro de que aquel inicio me indicó que no había ido a la academia a pasármelo bien y que debería estudiar, como así fue.

En ocasiones, un poco de disciplina, sin llegar a los extremos que se han visto en algunas películas, es una medicina muy conveniente. En mi caso, agradezco que don Antonio me advirtiese de aquella forma. Fue la primera y la última vez que tuvo que castigarme.

Los exámenes se hacían en el Instituto Goya de Zaragoza. Emocionados los alumnos de Ingreso, fuimos en el taxi de Fau, y regresamos muy contentos porque habíamos aprobado y ya podríamos comenzar el Bachiller Elemental.



**A ZARAGOZA
25 KILÓMETROS**



La estación de autobuses

En los años sesenta apenas había automóviles, mucho menos para los estudiantes, y la estación de autobuses de La Oscense se convertía en un hervidero de usuarios.

Además de las personas que tenían que ir por motivos comerciales, eran muy habituales los que tenían que desplazarse a Zaragoza para consultas médicas. Había también trabajadores, jóvenes en el servicio militar, y estudiantes. Todo Zuera pasaba por la estación. El hecho de ir a la capital era considerado como una fiesta.

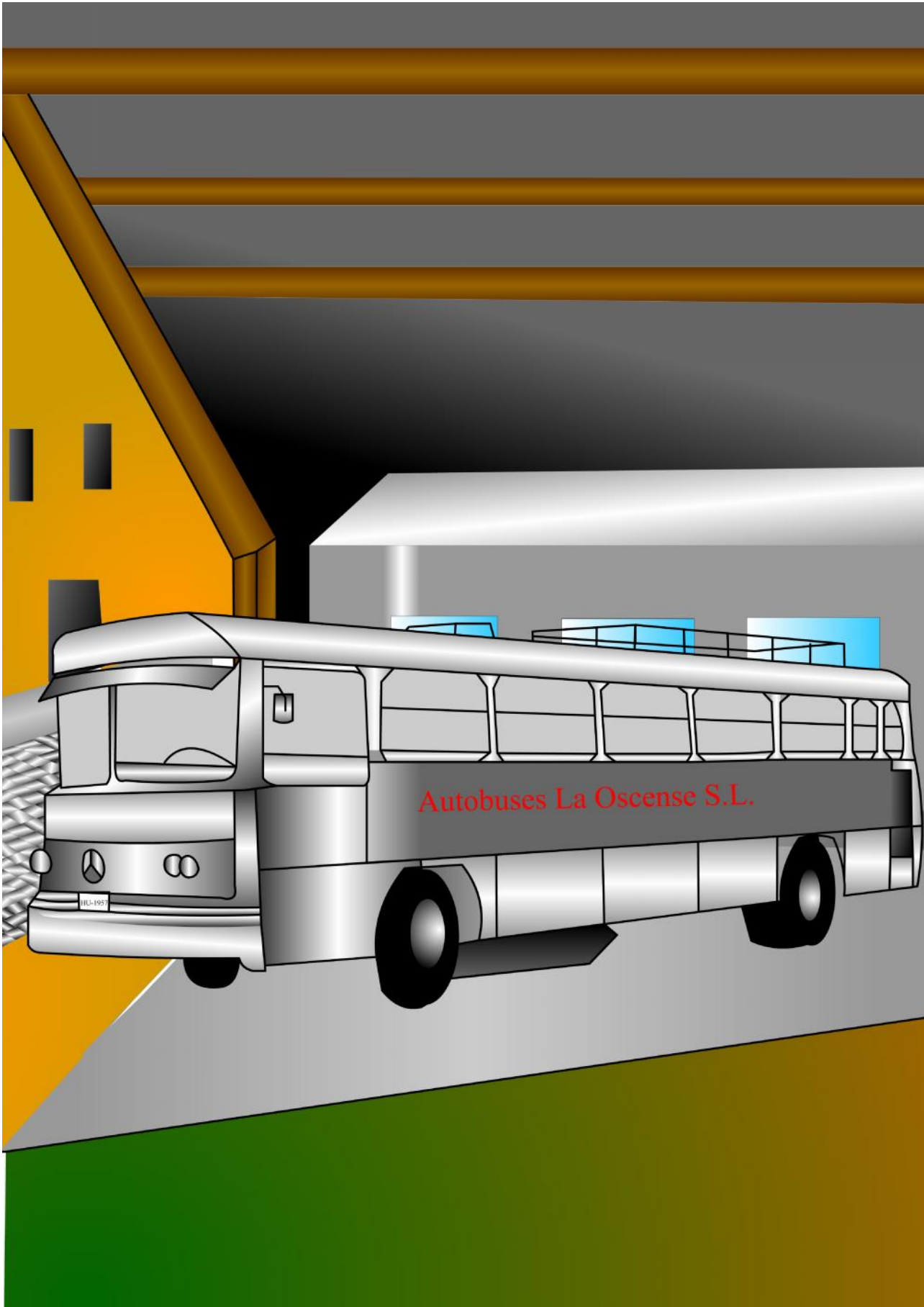
Por entonces el conductor era *El Catalán*, persona muy apreciada y respetada, probablemente la más famosa del pueblo. El autobús alcanzaba la friolera de ochenta, casi noventa kilómetros por hora en las llanuras del Aliagar. En la parte delantera del mismo había un cartel en el que se podía leer: *Prohibido escupir en el autobús y hablar al conductor*.

Siempre había algún gracioso que desde el fondo del autobús gritaba: *¿llegaremos a cenar?*, y alguno contestaba, *por supuesto que llegaremos a cenar, eso sí... lo que no sabemos a qué hora cenaremos...*

Bueno... eran bromas de algunos graciosos, si bien todos los viajeros apreciábamos al conductor, quien era toda una institución.

Los sábados a las 13:30 se iniciaba el viaje que llevaba más estudiantes de regreso a Zuera. Íbamos, como se decía antiguamente, como sardinas en lata.

En una ocasión el autobús ya estaba en marcha, a punto de arrancar, si no lo había hecho ya, cuando alguien desde el fondo gritó: *Espere... espere, que llega Juan*. Cuando el recién llegado abrió la puerta desde fuera, el autobús estaba tan lleno que tres o cuatro viajeros salieron disparados hacia la calle. Como eran jóvenes no pasó nada y en seguida subieron todos, se comprimieron, cerraron la puerta y el autobús puso rumbo a toda velocidad hacia el Puente de Hierro. Llegó a la avenida de Cataluña, pasó raudo y veloz por Alcalde Caballero, San Juan de la Peña, y cuando ya iba a coger una velocidad de vértigo tuvo que parar en la Academia Militar y en el C.I.R.; continuó su odisea por Villanueva, el Aliagar y el cementerio; vimos a la entrada del pueblo el rótulo de *Beber es preciso Agua San Narciso*, y el moderno vehículo entró en la estación. Toda una aventura.



Autobuses La Oscense S.L.

111-193

Los cines

Los años sesenta fueron la época de mayor esplendor de los dos cines de Zuera.

En la calle Mayor estaba el Cine Viejo, lugar mágico sin lugar a dudas. Los sábados por la noche había sesión, pero los niños no acudíamos. Lo bueno comenzaba el domingo a las cuatro de la tarde. Allí nos apelonábamos para entrar a toda velocidad.

Los mayores y también los más gamberros se subían al gallinero. Recordando aquellas tardes, se da uno cuenta de lo que es un pueblo vivo. Todos los críos moviéndose de un lado a otro. Y cuando comenzaba la película iniciaba el ruido de las pipas. En este momento estoy dudando si también se podían comprar los paquetes de pipas en el cine, donde vagamente recuerdo que había un bar para los descansos.

Sea como fuere, el crujir de las pipas era típico y a nadie le molestaba, los niños éramos felices viendo las películas de pistoleros o romanos.

Cuando salía la protagonista, desde el gallinero sonaba un grito *tía buena*, y cuando aparecía el ejército americano para luchar contra los indios, entonces los de los palcos del gallinero pegaban con la mano en la madera y se escuchaba un ruido ensordecedor. Por supuesto, si había besos, entonces algunos silbaban. Y las pipas seguían cayendo desde arriba y desde las butacas. Y los niños éramos felices, sin ser conscientes de que lo éramos.

De vez en cuando, si la cosa era escandalosa, venía el acomodador o la dueña, doña Antonina, y las aguas volvían a su cauce.

En la calle de San Pedro estaba el Cine Nuevo. Más cómodo, servía también para teatro, y sólo tenía patio de butacas, sin palcos o gallinero. Era famoso el señor Romualdo, y también el señor Laboreo, que realmente no sé quién era, pero su nombre se escuchaba entre la asistencia cuando fallaba estrepitosamente la máquina. Se organizaba menos algarabía que en el cine Viejo, salvo cuando se cortaba el rollo y había que esperar a que lo pegasen con acetona y continuase la película. A la salida del Cine Nuevo estaba la churrería en la acera de enfrente. Todavía se utilizaban los juncos para ensartar una docena de churros. En el cine Nuevo también cantó, años más tarde, el grupo de La Bullonera, y nos deleitó con sus famosas jotas. Al final, la televisión y la facilidad del desplazamiento a la capital fueron la puntilla que remató aquellos dos lugares mágicos, donde los niños, los jóvenes y los mayores se permitían el lujo de soñar.



Ahí tú

El baile en la plaza

El baile en la plaza era todo un acontecimiento que los niños y los mayores esperábamos con impaciencia.

Se instalaba un entablado donde bien la banda de la villa o de algún otro pueblo nos regalaba hermosa música. Por aquel tiempo los pasodobles eran los reyes del concierto. También recuerdo bailar la Yenka y el Twist.

Para los niños, la instalación del entablado era todo un espectáculo. Observábamos con impaciencia su ensamblaje, y cuando ya estaba nos lanzábamos a su interior haciendo toda clase de piruetas. Era una sensación parecida a la heroicidad de subir a la fuente de los jardines de la iglesia. Cuando culminábamos el ascenso, las carreras en su interior y la bajada con escalones o sin escalones, se tenía la sensación de haber realizado una extraordinaria proeza.

Por fin comenzaba el baile. Resultaba emocionante bailar a los siete u ocho años. Pero algo debió cambiar en algún momento, porque años más tarde mojábamos a las niñas con la pistola de agua, y después nos marchábamos a alguna parte de la arboleda para hacernos una caseta con cañas y bebernos una naranjada.

Una vez se organizaron en la plaza de España, en las fiestas de San Licer, varios combates de boxeo. La sensación de ver el espectáculo de lejos en directo era muy diferente a contemplarlos en la televisión en blanco y negro.

Se terminaron los bailes en la plaza de España y comenzó la época de las peñas, pero yo ya estudiaba en Zaragoza. Quizás tenía catorce años cuando participé con los amigos de siempre en la peña de la Farmacia. Fue muy positivo. Todavía se bebía poco alcohol, apenas si teníamos alguna cerveza y naranjadas y limonadas. No se habían especializado en bebidas más fuertes. O tal vez sí, pero no lo recuerdo. Se instalaba un tocadiscos y en ocasiones se bailaba. Los años sesenta fueron unos años recatados, como norma general. Según me cuenta un amigo, después del Mayo del 68, las mujeres, especialmente en las capitales, se liberaron.

El baile se trasladó a un local de la carretera. Todavía se veía a las chicas en un lado y a los chicos en otro. La música ya había cambiado y las canciones de los Beatles y Santana eran las que interpretaban los nuevos grupos. En ocasiones se comentaba que había venido una banda de otro pueblo y se había liado a puñetazos porque alguien había sacado a bailar a quien no debía. Unos años más tarde se abrió la discoteca Darazu.



Los bares

Los bares, los cines, los comercios... realmente todos los establecimientos públicos eran muy importantes. Los niños apenas teníamos acceso a los bares, pero los conocíamos todos, y lo mismo ocurría con los comercios. Lo más normal era que en algún momento, los niños fuésemos conscientes de su existencia.

Recuerdo el **Casino** cuyo nombre imponía respeto. Hay una anécdota que nos contó don Mariano Corral: un jugador cantó las cuarenta y al exponerlo a los demás jugadores se echó hacia atrás con tan mala fortuna que murió. En un pasillo guardaban los sifones. Ninguno nos podíamos resistir al hecho de entrar raudos, poner la boca y apretar el gatillo de la botella. Enseguida subía el gas por la nariz, aunque como no era dulce, la experiencia no era muy repetida.

El bar **España**, justo en la plaza, era muy alegre. Además, en su trastienda me enseñaron a jugar al ajedrez mis amigos R. y F.

Un domingo caminaba por la calle Mayor y vi cómo unos clientes sentados en las mesas depositaban un billete de cien pesetas atado a un hilo. Un niño se agachó a cogerlo, entonces estiraron del hilo y se rieron. Seguidamente pasaba yo, y como sabía lo que iban a hacer, me tiré a por las cien pesetas, las cogí, y ya me iba, cuando me dijeron: *chaval, trae el dinero*. Seguramente se les cortó la sonrisa durante unos segundos...

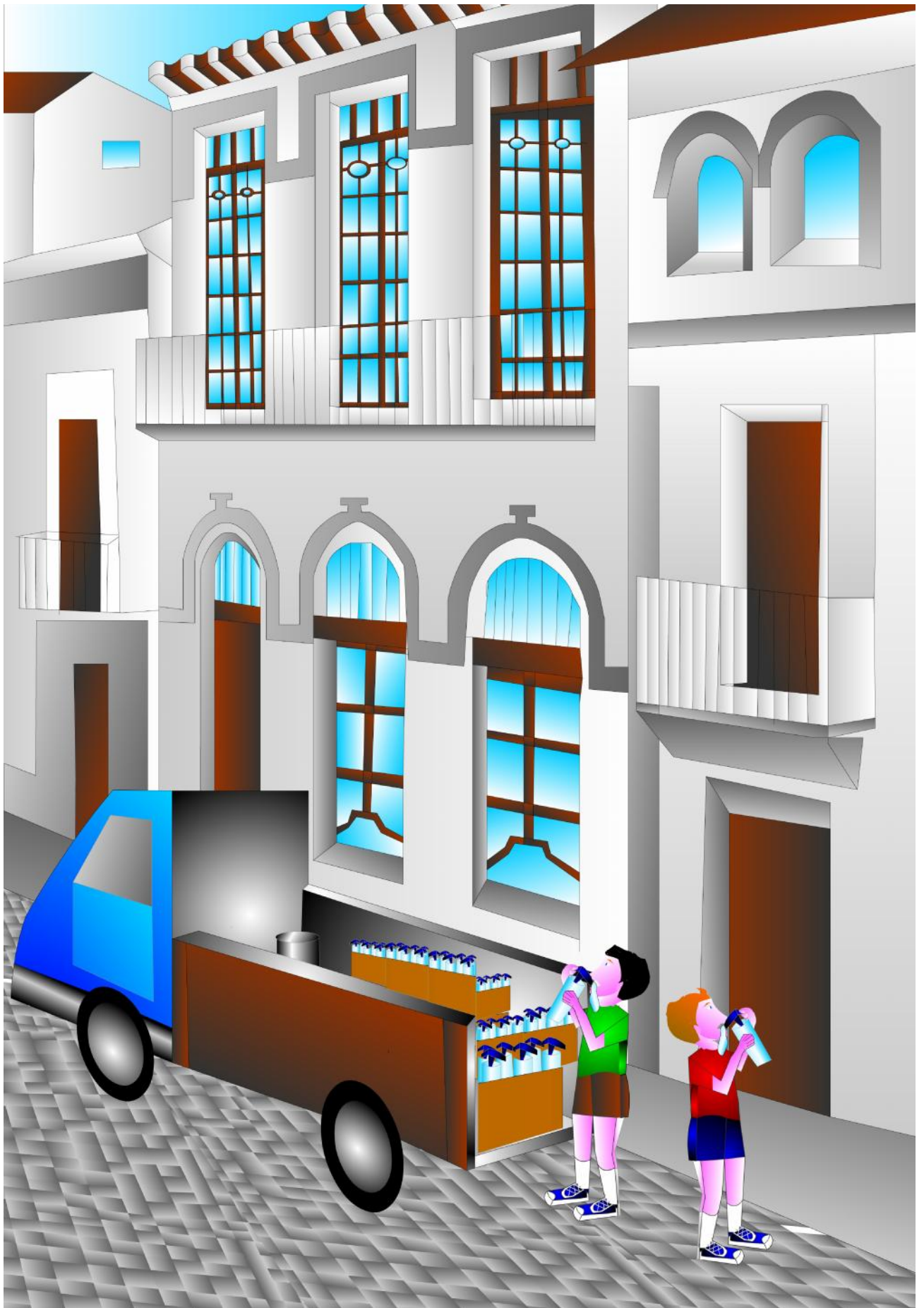
En la calle Mayor estaban también el bar **La Espiga** y el bar del **Catalán**. El primero era un bar que infundía seriedad, y el segundo era muy famoso por sus buenos pinchos.

Otro de los bares famosos en los años sesenta fue el bar de **Faustino** en la calle de San Pedro. Se decía que muchos fines de semana venía Yarza, el portero del Real Zaragoza, y se iba a pescar con un amigo que tenía en Zuera.

Al final de la calle de San Pedro, junto a la carretera, estaba el **Cantarrico**, y en frente de los depósitos viejos estaba el bar de **Cobos**, donde muchos pescadores que venían de Zaragoza hacían un alto y compraban cebo para ir a pescar al río Gállego o a la Sotonera.

Continuando por la carretera en dirección hacia Huesca, estaba el bar **Tres Caminos**, y unos años más tarde inauguraron el bar **Alaska**.

A la entrada del pueblo, estaba **el Molino**, junto a la gasolinera, y pasado el puente del río, construyeron **Las Galias**. En el Portazgo (Portajo) estaba **Las Parras**. Posteriormente apareció el bar de un buen jugador de fútbol, C. que antes había tenido una peluquería; el bar-restaurante **Aisa**, la cafetería **Darazu**, la **Bolera...**



El Club de la Juventud

Sería sobre el año 1962 cuando se inauguró el FOCAR en la calle Baja, detrás de la iglesia, en el callizo que subía a la calle de San Pedro y desembocaba en la herrería. En la plaza de España también existía otro local donde algunos niños aprendían a jugar al ajedrez, y que apenas visité.

El FOCAR era un lugar en el que nos reuníamos muchos niños y podíamos jugar partidas interminables al fútbolín; estábamos apelotonados, esperando turno y gritando sin descanso. Y como era natural, saltando de alegría o dando más de una patada al fútbolín cuando perdíamos.

Se formaron varios grupos de boy scout. Nuestros padres nos compraron una camisa, un pantalón, que podían servir para llevar cualquier otro día por la calle, y lo más curioso: un pañuelo verde con ribetes amarillos y el aro de cuero que creo que lo encargábamos en la guarnicionería de Val en la calle Mayor.

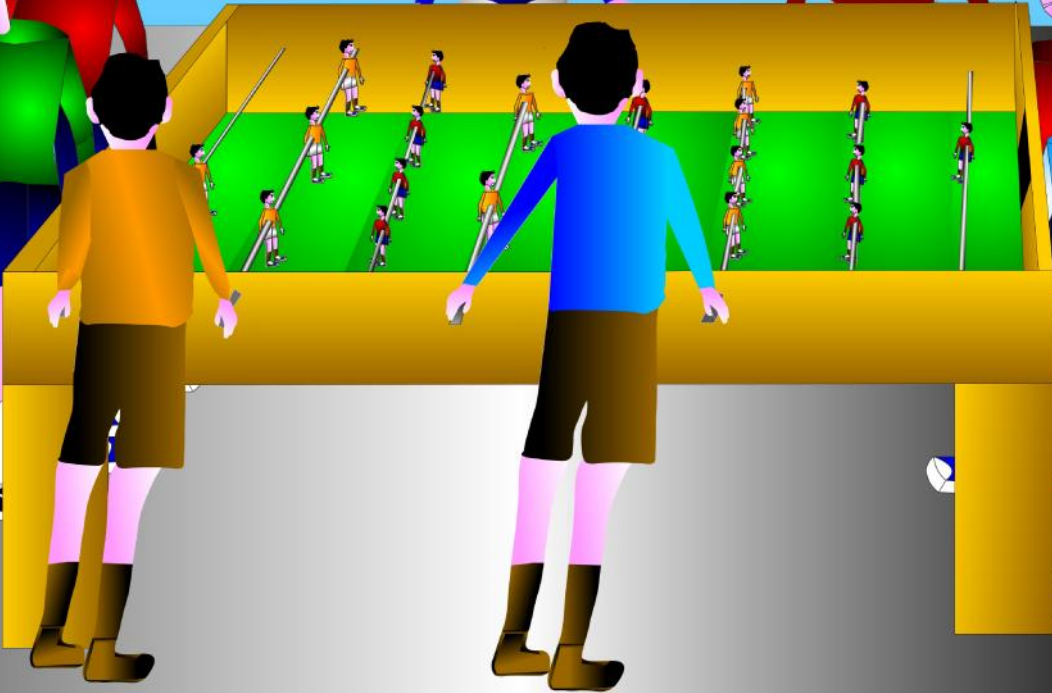
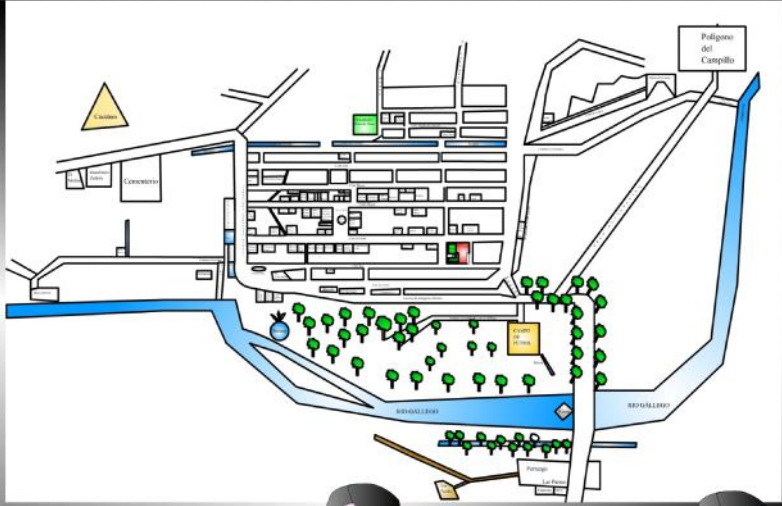
Cada grupo tenía su animal representativo y su color, por ejemplo, la ardilla y color beige. El pañuelo había que ponérselo de forma especial y luego introducirlo en el aro de cuero donde estaba grabada la flor de lis.

El traje lo completaban unas botas y unos calcetines blancos, además de la boina. Éramos muchos los niños que pertenecíamos a aquella asociación. Normalmente hacíamos excursiones a las lomas, detrás del Cucutero, poco más o menos. En ocasiones venían otros grupos de Zaragoza y realizábamos juegos y competiciones en la arboleda.

Para mí, la excursión más importante que hicimos fue a Juslibol, donde había regaliz de palo, juegos y merienda con los otros grupos de Zaragoza. El autobús nos dejó en cierto punto y luego continuamos andando por un camino que se elevaba entre las lomas cortadas lindantes a los galachos.

Unos años más tarde el FOCAR se transmutó en el Club de la Juventud. Probablemente, en sus inicios era sinónimo de estudiantes; posteriormente, los amigos de siempre lo visitaban, y todavía disfruté del club dos o tres años. Aparte de la relación de amistad, conocí más a fondo a los conjuntos de música Jethro Tull y Chicago, lo que fue por entonces un verdadero descubrimiento.

Ya no sé cuántos años más continuó. Pero sin duda alguna, la fundación del Club representó un inmenso beneficio para muchos niños y jóvenes del pueblo.



Trabajo

Podría decirse que los años finales de los cincuenta marcaron una línea, una frontera entre la sociedad rural antigua y la moderna. Cuando llegaba el invierno, se veían galeras y carros llenos de remolacha y tirados por mulas y machos. Todavía se escuchaba al conductor gritar: *Ma güesque*.

Mi primer trabajo en la vida fue coger remolacha. Tendría alrededor de los siete años. Mi madre me castigó a ir a ayudar a la propietaria de la casa. Me regaló veinticinco pesetas.

Algunos agricultores en lugar de carro o galera ya tenían un remolque del que tiraban las mulas. Y un buen día debió aparecer el tractor Lanz del señor J. de color azul, que lanzaba anillos de humo como los fumadores

Ese fue, pues, el momento en el que toda la sociedad comenzó a cambiar. Y la agricultura que había sido el sostén de muchas familias, iniciaría un rumbo hacia la mecanización, obligando a los que vivían de la agricultura a desplazarse a las ciudades, pues cada vez hacían menos falta los peones y asalariados que trabajasen para los medianos y grandes terratenientes.

En mi segundo trabajo, que debió de ser a los diez años, fuimos unos cuantos amigos a coger los pollos de una granja en el Campillo con el fin de cortarles el pico y vacunarlos. Me pagaron 100 pesetas que tendría para las fiestas.

Al siguiente verano me apunté para coger pera limonera y manzanas en la huerta del pueblo. Debió de durar dos o tres semanas, y no recuerdo a cuánto nos pagaban la jornada.

Las chicas y las mujeres iban a trabajar a la Tomatera, que duró bastantes años.

A los catorce, muchos de mis amigos se habían marchado a trabajar al polígono del Campillo, en la madera, en la fábrica de platos que se utilizaban para los concursos de tiro al plato... Posteriormente algunos ingresaron en la fábrica de hormigones prefabricados, y en el matadero.

Había mujeres que se ganaban unas pesetas terminando de confeccionar bolsos y esponjas para algunas fábricas del polígono.

Así pues, además de la agricultura y albañilería, esos eran los trabajos que más o menos se podían realizar en Zuera. Los estudiantes nos distribuíamos entre los que estudiábamos banca, formación profesional y alguna carrera, por ejemplo de Medicina.



La iglesia

Durante aquellos años sesenta y mediados de los setenta, la iglesia era un centro muy concurrido por la sociedad, aunque ahora, en el año 2017 parezca algo insólito.

Todos los días había misa a las siete de la mañana y a las ocho de la tarde, a las que asistían algunas mujeres beatas, pero los domingos la misa de las diez y media que era para niños, la de las doce que era mayores, así como la de las siete de la tarde, se llenaba de fieles.

Como algo normal, unos y otros se ponían el traje o el vestido de los domingos y asistían a los actos religiosos.

Cuando terminaba, los niños todavía se quedaban a la catequesis, si iban a comulgar ese año, y los mayores se iban a tomar el vermut al bar.

Era un hábito más.

Los días de fiesta muy señalada, especialmente en San Licer, había procesiones y las autoridades se ponían a la cabeza de las mismas.

La asistencia a los actos religiosos era algo tan social como ir a los bares, al fútbol o al cine. Para unos sería importante y para otros sería un cubrir las apariencias, o una distracción, o asistir porque los demás lo hacían.

Las procesiones más importantes solían estar acompañadas por la banda de música, y ciertamente eran solemnes y elegantes.

Durante la Semana Santa, además de todos los actos propios del ciclo litúrgico, la televisión solo emitía programas religiosos y el Viernes Santo creo que únicamente emitía música clásica y religiosa.

Por supuesto que no había cine hasta el domingo.

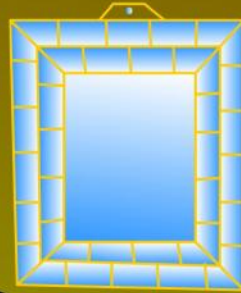
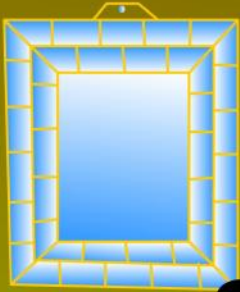
En el año 1974 todavía se mantenían tales costumbres. Recuerdo haber ido al cine con un amigo de la ciudad a ver una película de los Hermanos Marx, y llegar al pueblo con cierto sentimiento de haber hecho algo mal.

Ya por entonces, los jóvenes nos íbamos por pandillas a pasar el día al monte.

Paulatinamente ese ambiente religioso fue desapareciendo, y después se adquirió la costumbre de irse de vacaciones a la playa en Semana Santa.

Casi se podría decir que durante aquellos años, el acto social de asistir a la iglesia que se desarrollaba los fines de semana era similar al acto social de irse a la playa. Para muchos, una costumbre.

Por supuesto que había personas muy religiosas para las que la iglesia era un lugar santo de oración y recogimiento.



Los comercios

Era algo corriente, por lo menos en mi caso, y supongo que muchos niños más lo harían, que mi madre me mandase a comprar a la tienda, lo que hace que cincuenta y cinco años después, todavía recuerde los comercios que había en el pueblo.

Por entonces se utilizaban los vocablos *tienda de ultramarinos*, un nombre curioso que debía de ser muy antiguo a juzgar por la expresión.

Las tiendas eran pequeñas, con estanterías muy apiñadas y con su elemento más importante, la balanza, normalmente de color blanco.

También era normal comprar, dejarlo a deber hasta que fuese primero de mes y la madre pasase a liquidar la deuda.

A menos de cincuenta metros de mi casa teníamos dos tiendas: la de la señora Joaquina y la del señor José.

La primera duró muchos años. La tendera tenía un cuaderno donde apuntaba lo que el cliente había comprado y luego pasaba una raya cuando se pagaba. Respecto a la tienda del señor José, debió durar pocos años más, pues construyeron la casa nueva del veterinario.

Casi todas las tiendas regalaban puntos para rellenar una cartilla y conseguir un bonito regalo. En aquellos tiempos era toda una ilusión.

Aunque todas las tiendas tenían sardinas rancias, quiero recordar que en el establecimiento de José Sola, cerca del Casino, estaban más a la vista, así como encurtidos y olivas.

En la tienda de la señora Martina, el recipiente de cristal con caramelos Sugus estaba demasiado al alcance del brazo de un niño...

De los hermanos Vidal, se decía que su padre había bajado de la montaña y había hecho una pequeña fortuna.

En todas las tiendas me trataban muy cariñosamente.

Un día de invierno que las calles estaban blancas por la nieve, regresaba de la tienda del señor Banzo con un pozal lleno de carbón. Cerca de la iglesia, me resbalé; el carbón se esparció por toda la acera y cuando lo estaba recogiendo, me encontré con un tesoro: treinta y cinco pesetas en billetes. En lugar de decírselo a mi madre, me quedé el dinero y me fui a comprar caramelos a la tienda de la señora Joaquina, quien se lo dijo a mi madre y me requisó el dinero.

En otra ocasión, regresaba de la lechería de la señora Pilar, y, como de costumbre, estirando el brazo le daba vueltas completas a la lechera. Toda la leche se vertió en el suelo. Por la mañana no hubo leche para desayunar. Muchas mujeres en las tiendas me decían: *qué niño más majó*. Quizá es que no todos los niños iban a comprar a diario para sus madres.



He confeccionado un plano de las tiendas que más o menos recuerdo. Algunas las he tenido que confirmar con mis padres. Espero no haberme dejado muchas, y si alguien lo detecta, le rogaría me lo indicase para modificar el plano.

Es un pequeño homenaje a todos aquellos que tenían un negocio y a los clientes que día tras día íbamos a comprar.

No existían los frigoríficos, teníamos neveras y comprábamos hielo. La fábrica de hielo, salvo error u omisión, era del señor Berges, y estaba en la carretera, cerca del consultorio de don José.

Respecto a las peluquerías, eran centros de conversación muy amena. En algunas ocasiones iba a la de Gomáriz, y en otras a la de los hermanos Lafuente, que también eran practicantes, y me conocían bastante bien porque durante varios años me pusieron más de cincuenta inyecciones.

Allí me enteré entre otras cosas de que el año 1955, en el que nací, hizo mucho frío, y que el río Gállego se heló. Había incluso gente que se afeitaba.

A mediados de los años sesenta la autoescuela de A. Pérez era famosa, y casi todos los días se veía por alguna parte del pueblo el SEAT 600 destinado al aprendizaje de nuevos conductores.

Respecto a los talleres mecánicos, también comenzarían a aparecer. De hacer caso a la memoria, solo recuerdo ver algún arado en la herrería del señor T. Me dicen mis padres que el señor Enrique, también de La Oscense, tenía un taller de bicicletas. Respecto a los talleres mecánicos, los más famosos fueron el Taller del Catalán y el de Colón.

Zapaterías, de arreglar zapatos, había dos. Una de ellas, la de Adolfo estaba al lado de mi casa en la calle San Pedro. En una ocasión, jugando al fútbol chuté y rompí uno de sus cristales. A mis padres les dolió tener que pagarlo, pero estoy seguro de que a él también le causó pena el hecho de ver que ninguno de los niños quiso contribuir al pago de la reparación.

Las migas y los jotos

Una de las más bellas experiencias que puede tener un ser humano es reunirse esporádicamente con sus amigos y allegados y disfrutar de unos momentos de asueto.

La alegría puede ser resultado de jugar un partido de fútbol con un equipo formado por compañeros de trabajo, del pueblo o por amigos; de una excursión realizada por un grupo de montañeros; un equipo aficionado de ciclistas; de un grupo musical...

Esencialmente, lo que proporciona ese momento de felicidad añadido es el sentirse parte de una actividad en grupo. Nada hay en la vida que dure eternamente y mucho menos los efímeros instantes de felicidad. Y además, si no fuesen breves, no aportarían esos sentimientos que permanecen para siempre en el corazón de los actores. Pensar que la felicidad es la situación normal del ser humano es, probablemente, no entender la vida.

Es precisamente porque en la vida se pasa regular, porque hay que trabajar, porque no conseguimos todo lo que deseamos, porque en ocasiones sufrimos múltiples decepciones, porque para conseguir algo siempre es necesario un esfuerzo, y porque desde muy niños, desde que llorábamos porque no satisfacían nuestros caprichos, y porque si los conseguíamos, el efecto de satisfacción apenas duraba... por todo eso y por muchas razones más que los psicólogos seguro que indicarían, tenemos inculcado en nuestro subconsciente que si existe un instante de felicidad hay que saborearlo y no intentar prolongarlo más de lo que da de sí.

Aunque algunas veces los amigos de mi suegro se reunían en el corral de sus propias casas, durante un tiempo todos acudíamos a un campo que alguien tenía en Dosaguas. El caminico de San Juan, después de pasado el puente de maderos que se cruzaba para ir al cementerio, tenía un desvío a la izquierda que llevaba a una arboleda junto al río Gállego. Posteriormente el camino llegaba hasta el puente del tren y continuaba a San Mateo.

Como bien se sabe, las migas pueden hacerse de muchas formas, pero las que hacían allí eran poco más o menos así:

Primero se pelaban unas patatas y se cortaban en rodajas finas. Después se cortaban varias cebollas, dependiendo de la cantidad de asistentes. Se pelaban unas cabezas de ajos.



Segundo, se encendía el fuego, se ponían las trébedes y la sartén, que ya estaba muy curtida por innumerables reuniones gastronómicas, tanto de migas como de rancho.

Tercero, el sebo que se había cortado en trocitos se echaba en la sartén. Se le añadía una buena cantidad de aceite.

Cuarto, cuando los trocitos de sebo ya se habían encogido, se echaban las patatas y un poco de sal.

Quinto, pasados dos o tres minutos se añadía la cebolla cortada. Se freía y se daba vueltas hasta que se doraban los ingredientes.

Sexto, llegaba el momento de echar las migas que se habían humedecido con agua.

Había que tener en cuenta dos cosas: que el fuego fuese muy lento y dar vueltas continuamente a las migas para que no se agarrasen.

Se probaban las migas para ver si necesitaban un poco más de sal, y cuando se comprobaba que estaban en su punto, se les añadían unos ajos picados y se servían. En ocasiones se comían con unos granos de uvas, y, por supuesto, lo que no podía faltar era una buena bota de vino.

Beber bien en bota tenía su truco. Había que levantarla, apretarla fuertemente, que entrase con fuerza sin salpicar ni atragantarse, y si era posible generar un peculiar sonido; al final había que ser capaz de no mancharse la camisa.

Después venían las costillas de ternasco entre chistes e historias graciosas.

Postre, que podía ser una buena tarta, y café, copa y algunos, cigarro.

Cuando los participantes estábamos felices, los jotereros nos deleitaban con bellas jotás. Por último, la pieza que nos ponía el vello de punta: *Los Sitios de Zaragoza*. Los jotereros, con sus guitarras, bandurrias, y un laúd conseguían llevarnos al culmen de la felicidad.

Naturaleza+comida+música+buena compañía = Felicidad



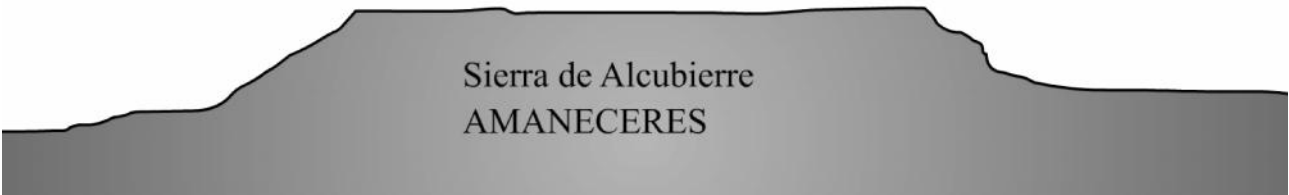
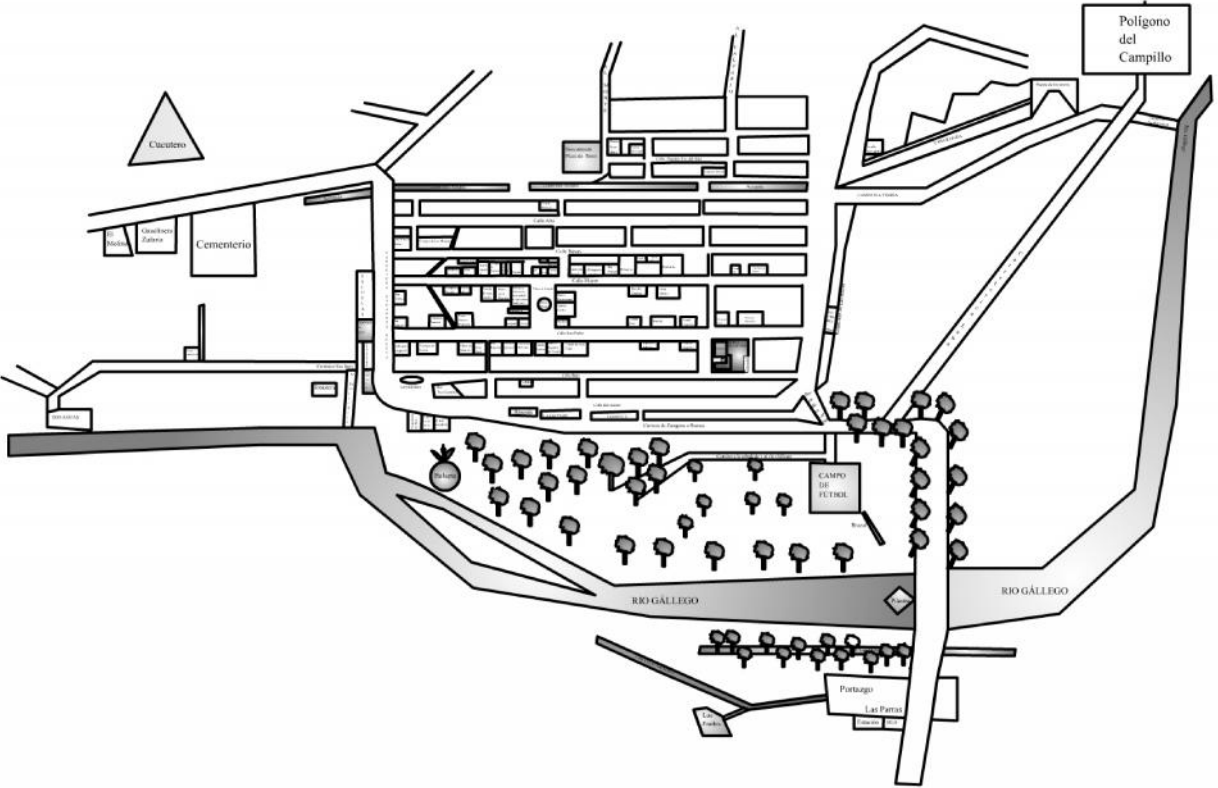
Los quintos

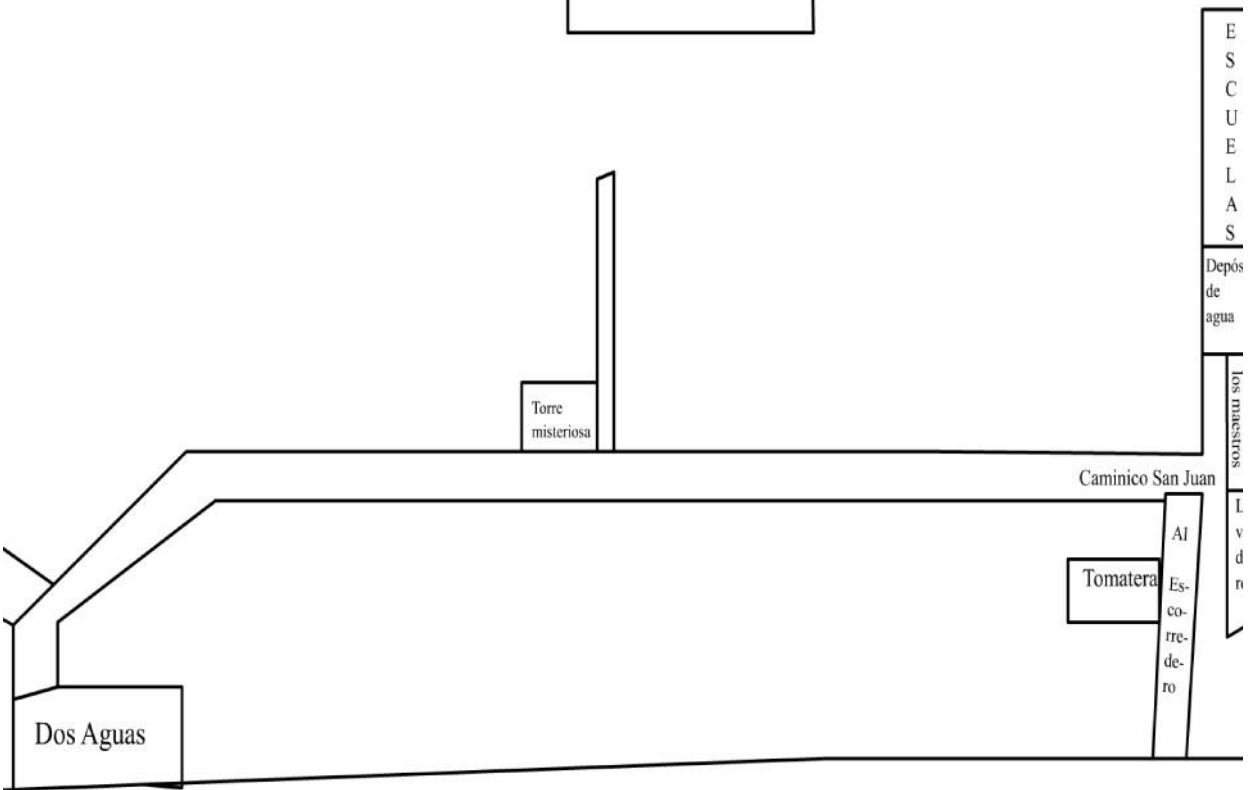
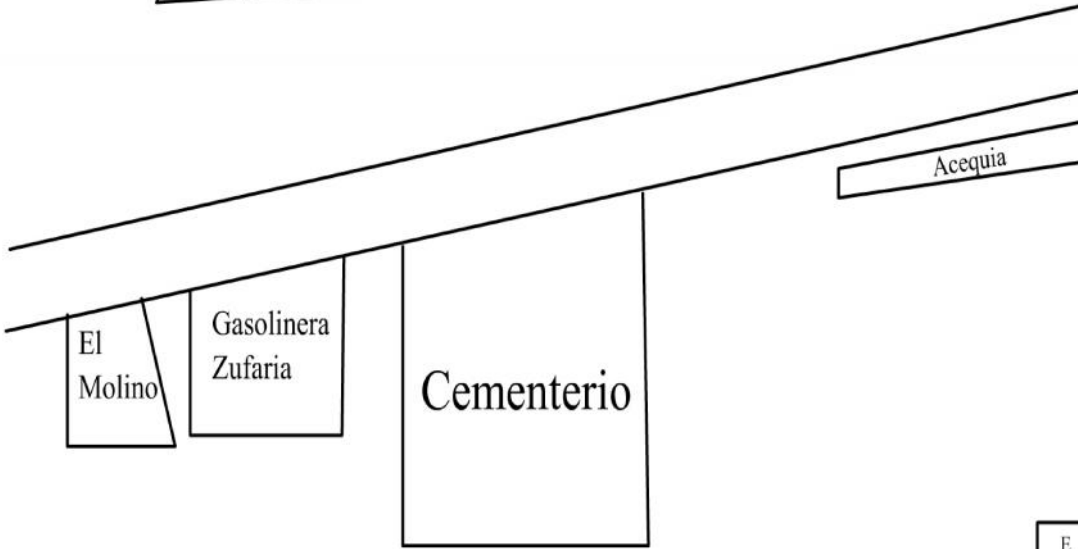
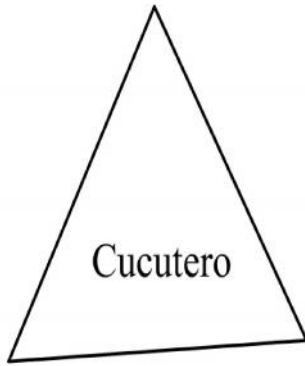
No éramos muchos los quintos de aquel año, pero suficientes para pasar un día que no olvidaríamos. Subimos al remolque y el tractor puso rumbo al monte. Había que cumplir con la tradición de cortar dos o tres pinos y que recordasen a los del pueblo que los quintos de ese año no eran menos que los demás. Cuando llegamos había un poco de neblina, lo normal para la época del año. No recuerdo si cortaron con la motosierra, uno, dos o tres pinos, pero sí la sensación de bromas y risas. Habíamos cumplido con la obligación, y ahora de regreso procederíamos a lo que de verdad era importante: las chuletas a la parrilla aderezadas con un buen vino. Parece ser que algunos bebimos bastante, y alguien tuvo la brillante idea de subir un carro viejo que estaba en la paridera donde disfrutábamos de un sol estupendo y de bastantes vapores etílicos. Entre todos empujamos el carrito cuesta arriba, y una vez sobre la lometa lo lanzamos a ver qué pasaba. La verdad, no recuerdo si se destrozó del todo, o simplemente se le rompió alguna rueda. Desde luego no fue como en las películas cuando lanzan un vehículo por un barranco y al final explota, no, no fue así, ocurrió más prosaicamente. Riendo bajamos y continuamos para cumplir con nuestro destino de quintos que tienen que dejar puestos los pinos. Debió de ser por el vino. La memoria me falla a la hora de intentar saber si los pusimos antes de las ocho de la noche que fuimos a la pastelería de la calle Mayor, pedimos una bandeja entera de brevas y nos las zampamos. La calle Mayor daba vueltas. Sería que también estaba contenta.

Alguien dijo: tenemos que ir al cuartel. En un estado poco serio fuimos a las dependencias, bajamos a un sótano. El general, digo el sargento, nos puso firmes y en fila. Hablaba algo sobre un carro en una paridera. Luego, simbólicamente, nos acarició, y no exagero, pues no llegó ni a cachete, y nos dijo que no volviésemos a repetirlo. La frase en otras ocasiones habría tenido sentido, pero nosotros sólo seríamos quintos que van a coger un pino un día en nuestra vida, y desde luego que cumplimos su deseo y mandato. Es cierto que durante unos minutos lo pasamos un poco mal, pero en estas cosas cuando se está en grupo se diluyen los temores y no afectan de la misma forma que si los enfrenta uno solo. Es probable que saliésemos serios del cuartel, tal vez nos dijo que ya nos pasarían la factura... pero la cabeza no estaba para nimiedades... En mi caso, llegué a casa todo lo circunspecto que pude, cené y salí a buscar a la novia. Disfrutamos del baile y luego a dormir, que había que madrugar. El día de año nuevo fuimos con los jotereros a pasar la bandeja por las casas del pueblo. Debimos de sacar lo suficiente para comer opíparamente con los jotereros, pagar en la pastelería y tener un recuerdo para toda la vida.



PLANOS años 60 (subjetivos) de ZUERA





Río Gállego

Acequia

Candevanía- Acequia

Calle Alta

Carpintería
Sanz

Colegio de Las Monjas

Calle Navas

Farmacia
Nueva

Verdulería
Pascuala

Tele-
fónica

Tienda
Castán

Sastrería Allué

Guarni-
cionería
Val

Pelu-
quería
Goma-
riz

Carn.
Esca-
lona

José
Sola

Casino

Calle Mayor

Bar
Cobos

Peluquería
Plácido

Uralitas
Rubira

Tienda
de ropa
Sancho

Relo-
jería
Garoña

Biblioteca
Primer piso
Hermandad
Agricultores
Planta baja

Farmacia

Bar
Cantarico

Fontanería
Raufast

Cine
Nuevo
Fortacín

Juzgado

Correos

Calle San Pedro

Carbonería
Joaquinillo

Transportes
Simón

Churrería
Manolo

Paste-
lería
Auré

Bar
Faustino

Estanco
Carrasco

Carn.
Ballestar

Calle Baja

GASOLINERA

Bar
Tres Caminos

Fonda

Báscula

Carpintería
de Buen

Fábri-
ca de
hielo
Berges

D. José
Médico

C
A
R
R
E
T
E
R
A

Z
A
R
A
G
O
Z
A

H
U
E
S
C
A

E
S
C
U
E
L
A
S

Depósitos
de
agua

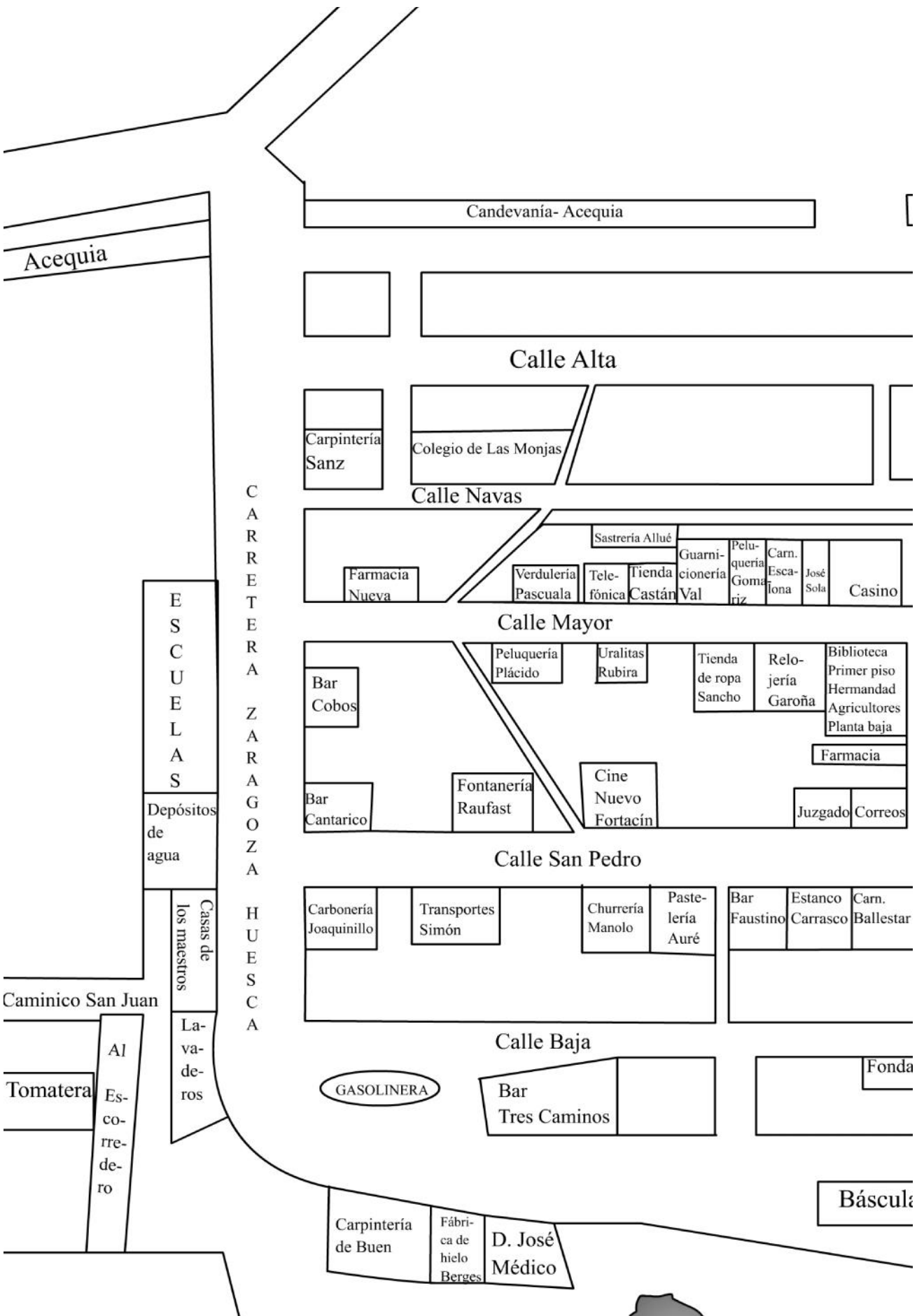
Casas de
los maestros

Lava-
de-
ros

Al
Es-
co-
rre-
de-
ro

Caminico San Juan

Tomatera



Candevanía- Acequia

Acequia

Calle Alta

Carpintería
Sanz

Colegio de Las Monjas

Calle Navas

Farmacia
Nueva

Verdulería
Pascuala

Tele-
fónica

Tienda
Castán

Sastrería Allué

Guarni-
cionería
Val

Pelu-
quería
Goma-
riz

Carn.
Escala-
lona

José
Sola

Casino

Calle Mayor

Bar
Cobos

Peluquería
Plácido

Uralitas
Rubira

Tienda
de ropa
Sancho

Relo-
jería
Garoña

Biblioteca
Primer piso
Hermandad
Agricultores
Planta baja

Farmacia

Bar
Cantarico

Fontanería
Raufast

Cine
Nuevo
Fortacín

Juzgado

Correos

Calle San Pedro

Carbonería
Joaquinillo

Transportes
Simón

Churrería
Manolo

Paste-
lería
Auré

Bar
Faustino

Estanco
Carrasco

Carn.
Ballestar

Calle Baja

GASOLINERA

Bar
Tres Caminos

Fonda

Carpintería
de Buen

Fábri-
ca de
hielo
Berges

D. José
Médico

Báscula

CARRERAZA AGOZA HUESCA

ESCUELAS

Depósitos
de
agua

Casas de
los maestros

Lava-
de-
ros

Al Es-
co-
rre-
de-
ro

Caminico San Juan

Tomatera

Placica los toros

Panificadora
Capilla San Miguel

Calle Nuestra Sra. del Salz

Sastrería M.

Candevanía -Acequia

Tienda Los Pirineos

Calle Alta

Call

Calle Navas

Ca

Juanico
Perales
Bar España Morte
Tienda Martina

Carnicería Puyuelo
Practicantes y Peluquería Lafuente
Bar Espiga
Relancio
Sedería
Telas Paca
Piedrafita

Tie
Pil

Calle Mayor

Plaza de España
Entablado

Banco Zaragozano
Tienda Julián
Ayuntamiento
Panadería Modesta
Bar Catalán
Cine Viejo Duarte
Tienda José
Hospital
Tienda Joaquina

Gaseosas Cazo

Calle San Pedro

Calle S

Tienda Cuartero
Banco Español de Credito
Tienda Vidal

Zapatería Adolfo

Piensos Cuartero

Jardines
IGLE DE SAN
Jardines

Calle Baja

Calle Baja

LA OSCENSE

Cuartel G. C.

Carretera de Zaragoza a Huesca

Placica los toros

Panificadora
Capilla San Miguel

Calle Nuestra Sra. del Salz

Sastrería M.

Candevanía -Acequia

Tienda Los Pirineos

Calle Alta

Calle

Calle Navas

Calle Navas

Calle Navas

Calle

Juanico
Perales
Bar España Morte Tienda Martina

Carnicería Puyuelo Practicantes y Peluquería Lafuente Bar Espiga Relancio Sedería Telas Paca Piedrafita

Tienda Pil

Calle Mayor

Plaza de España
Entablado

Banco Zaragozano Tienda Julián Bar Catalán Cine Viejo Duarte Ayuntamiento Panadería Modesta Tienda José Hospital Tienda Joaquina

Gaseosas Cazo

Calle San Pedro

Calle S

Tienda Cuartero Banco Español de Credito Tienda Vidal Zapatería Adolfo Piensos Cuartero

Jardines IGLE DE SAN Jardines

Calle Baja

Calle Baja

Calle del cuartel

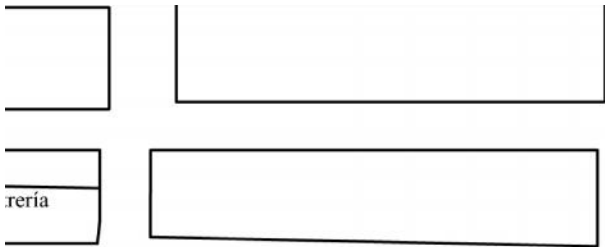
Calle del cuartel

LA OSCENSE

Cuartel G. C.

Calle del cuartel

Carretera de Zaragoza a Huesca



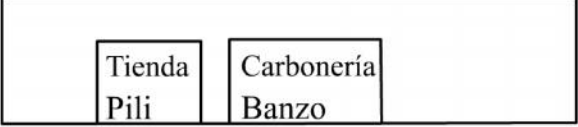
Acequia



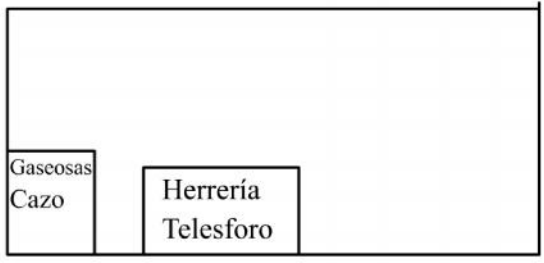
Calle Alta

Vicera

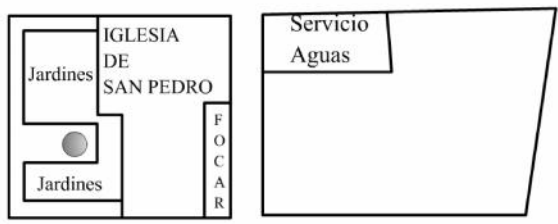
Calle Navas



Calle Mayor



Calle San Pedro

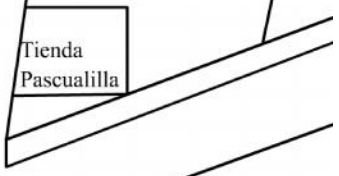


Baja

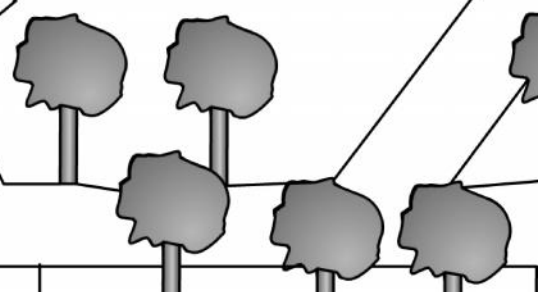
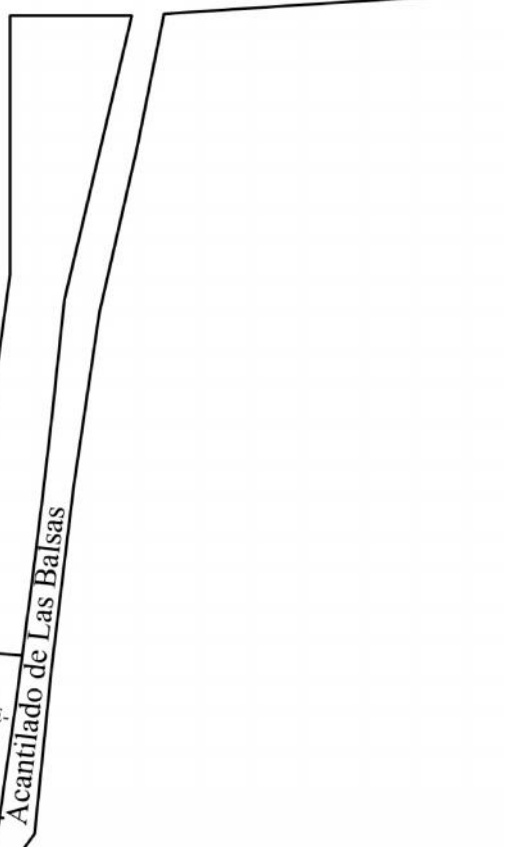
Servicio Forestal

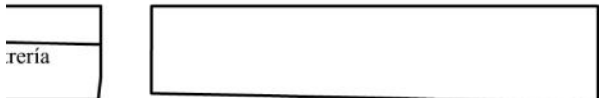
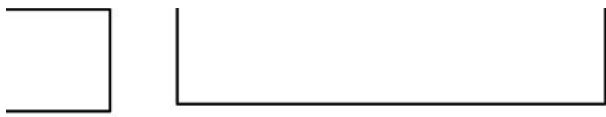
Calle del cuartel

Bajadica Larqué

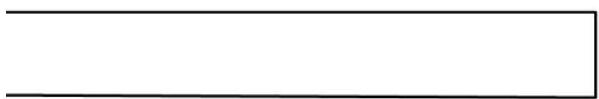


CAMINO LA YESERA O DE LA LOMA

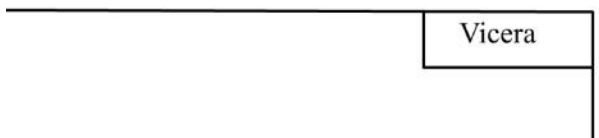




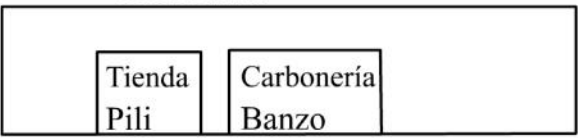
Acequia



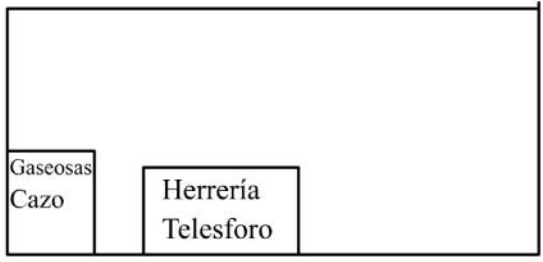
Calle Alta



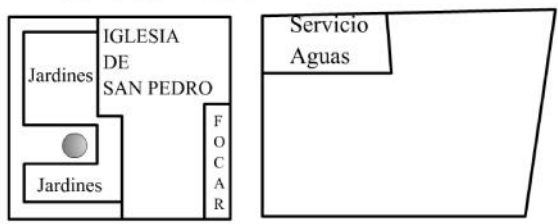
Calle Navas



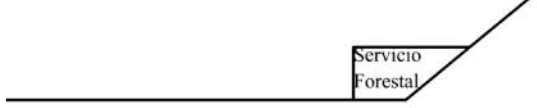
Calle Mayor



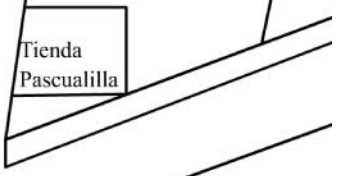
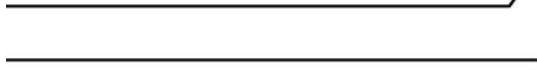
Calle San Pedro



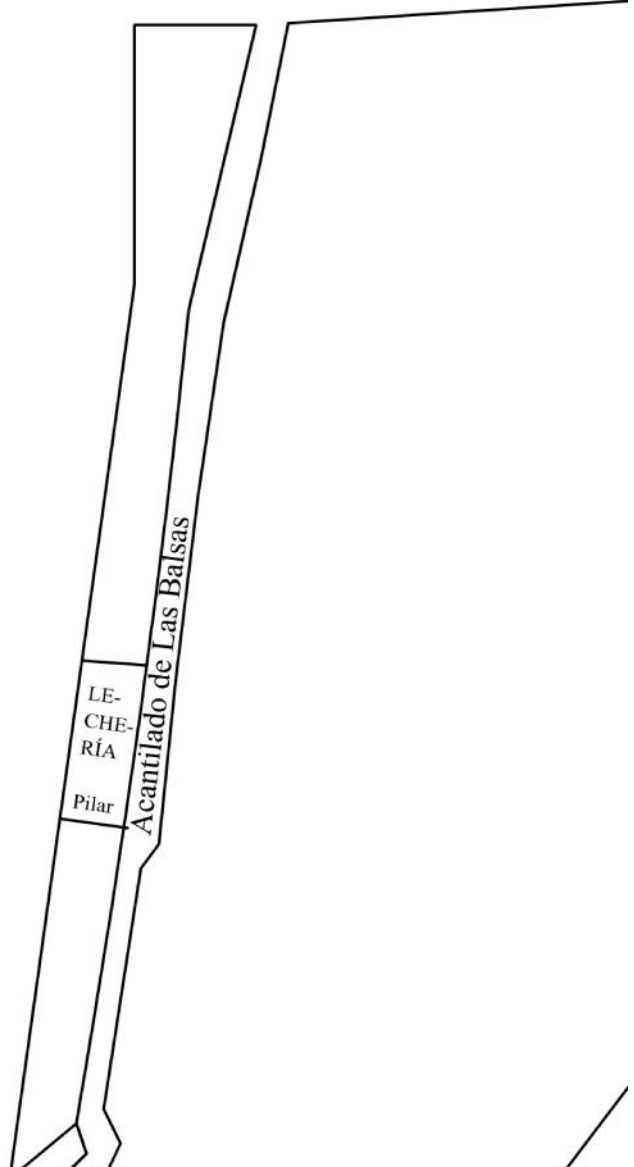
Baja



Calle del cuartel



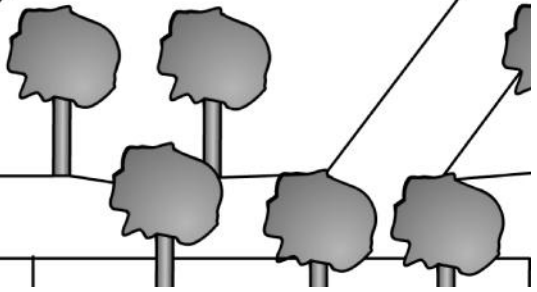
CAMINO LA YESERA O DE LA LOMA



Acantilado de Las Balsas

LE-CHE-RÍA
Pilar

Ba-ja-di-ca Lar-qué



Polígono del Campillo

Puente de los moros

Fienda Pascualilla

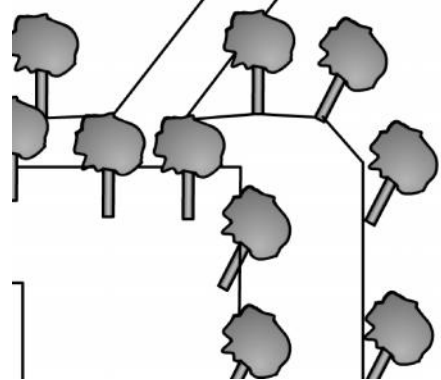
LOMA RAJADA

Camino de San Bartolomé

Rio Gallego

AYESERA O DE LA LOMA RAJADA

REBEL P O T T O T T R O



Calle del cuarter

Carpintería
de Buen

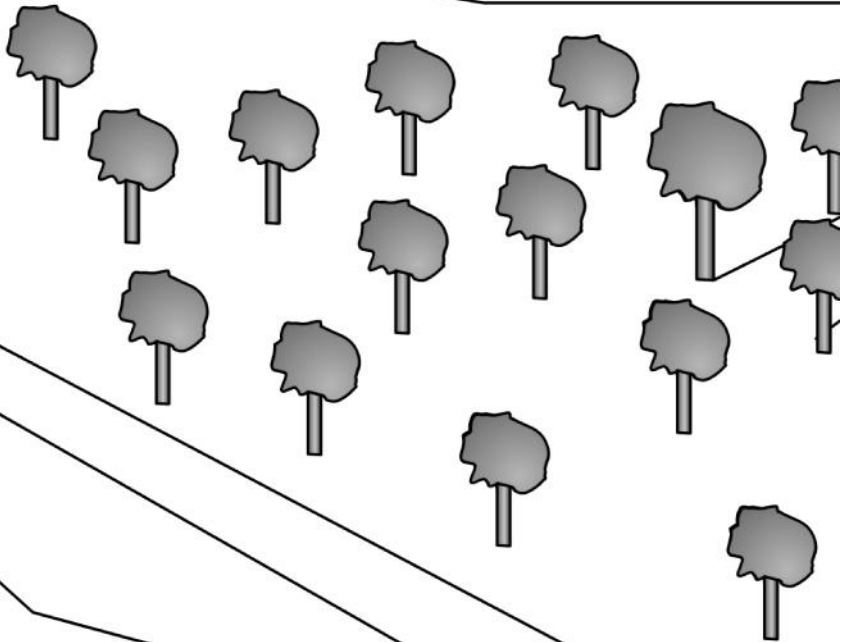
Fabri-
ca de
hielo
Berges

D. José
Médico

Báscula

LA OSCENSE

Cuartel G. C.



Carr

Calle del cuartel

Ba-
ja-
di-
ca
Lar-
qué

Carretera de Zaragoza a Huesca

Camino a la arboleda y al río Gállego

CAMPO
DE
FÚTBOL

Brazal

RÍO GÁLLEGO

Pilastra

Acequia de San Mateo

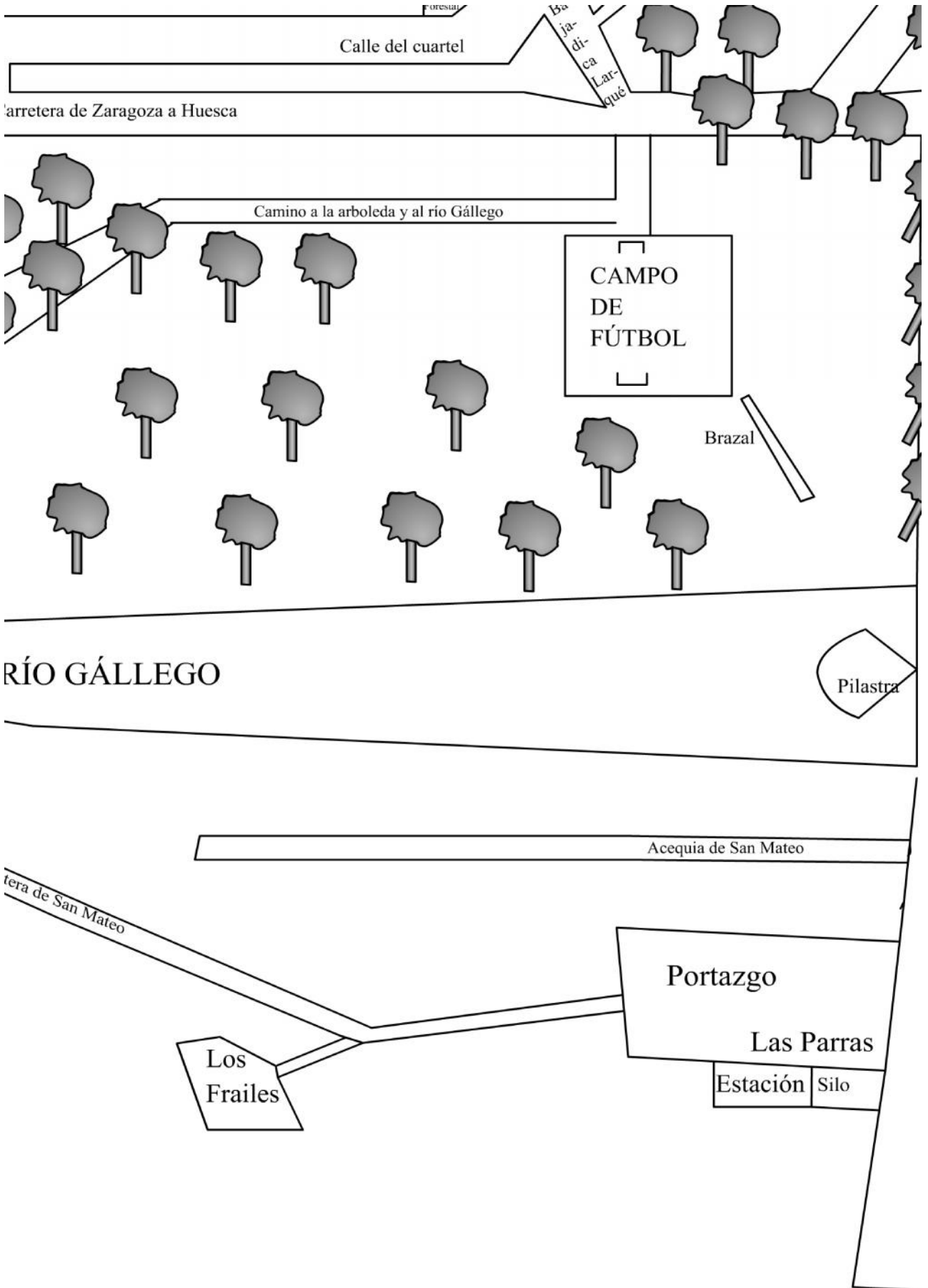
Carretera de San Mateo

Portazgo

Las Parras

Los
Frailes

Estación Silo



ÍNDICE

Prólogo	3
Primer recuerdo de Zuera	5
En el nuevo hogar	7
La Calle San Pedro	9
El colegio de Las Monjas	11
Los niños en la calle	13
El campo de fútbol, el río y las batallas	16
Las Escuelas	20
Juegos	22
Tomar la fresca	27
Héroes	29
La academia de la plaza de España	33
La estación de autobuses	35
Los cines	37
El baile en la plaza	39
Los bares	41
El Club de la Juventud	43
Trabajo	45
La iglesia	47
Los comercios	49
Las migas y los jotereros	52
Los quintos	56
Planos	57

